RELATOS DE AQUÍ Y DE ALLÁ



Carlos Quintana

HOSPITALIDAD CHINA

CHEF DE TRES ESTRELLAS

A PIE DE PISTA

El PASO DEL TIEMPO

TIEMPO DE VIAJAR

INTELIGENCIA EMOCIONAL

QUÉ LEER

CUANDO DESPERTÓ

LA RIMA DE LAS MATEMÁTICAS

HELEN, LA NIÑA INVISIBLE

LA ESQUELA

ENTIERRO EN LA ERMITA

LA PERSONA INDICADA

ORGULLO DE JUGUETE

UN APURADO DEFINITIVO

ASIENTO RESERVADO

CONDUCCIÓN PLENA

EL GATO MEÓN DE LA CASA DE LA EMBAJADA

FILIPETTO BONITO

UN PARTO FELIZ

EFECTOS DE UN RECUERDO POSITIVO

EL HEREDERO PERFECTO

SALSAS, SOFRITOS Y MATERIA PRIMA

PESCANDO EL SOL

SMARTASTE

VALVULA DE ESCAPE

PUENTE ROMANO COLGANTE

EL SUEÑO

ROLLING

HURÍES DEL PARAISO

EL ANIVERSARIO

HOSPITALIDAD CHINA

Á Papatete

Llevábamos ya unos meses en la misma piscina y, la verdad es que empezábamos a estar incomodos, casi como sardinas de conserva. Desde que éramos alevines, a medida que íbamos creciendo y la alberca en la que nos encontrábamos se nos empezaba a quedar pequeña, rápidamente nos mudaban a otra más grande. Así teníamos espacio para nadar todo lo que quisiéramos, para poder comer sin molestarnos unos a otros, y claro está, para crecer. Sin embargo, ahora que ya habíamos alcanzado nuestro máximo tamaño, cuando más necesitábamos espacio para movernos a nuestras anchas, es cuando parecía que se habían olvidado de nosotros.

Pero esta mañana todo ha cambiado. Encendieron los focos muy temprano, mucho antes de que amaneciera, y ya entonces había un ambiente de excitación que daba a entender que iba a ser una jornada especial. Muy pronto quedó claro que no se trataba de una simple mudanza del estanque actual a otro más grande. Y lo supimos porque no utilizaban las caceras entre las distintas piscinas para llevarnos de un sitio a otro, si no que nos iban recogiendo con enormes redes y nos depositaban en unos camiones con el volquete lleno de agua. También notamos que, aparentemente nuestra comodidad les preocupaba muy poco, ya que íbamos todavía mucho más estrechos que en la alberca. El camión hacía un ruido infernal, típico de los vehículos de motor diésel y por el tubo de escape expulsaba un humo nauseabundo. Al tomar las curvas o coger algún bache iba derramando agua, con lo que cada vez estábamos aún más apretados. Como no llegáramos rápido se iba a empezar a acabar el oxígeno e íbamos a morir asfixiados.

Un frenazo en seco con su correspondiente chirrido de frenos y el ruido del motor apagándose con unas cuantas toses secas nos dio a entender que habíamos llegado a nuestro destino. Todo eran especulaciones sobre donde nos podían haber traído, pero no sé de donde surgió el rumor de que era un lugar en Shanghái llamado Shuzhou Creek. Mediante una escotilla que había en la parte inferior trasera del remolque nos iban evacuando a unos cubos como del tamaño de un barril de vino. Cuando el recipiente estaba lleno lo cargaban entre dos operarios y lo trasladaban hasta una plataforma a la orilla misma del rio. Al llegar allá vimos para nuestro asombro que había otros barreños semejantes llenos de peces de otras especies, e incluso algunos que contenían tortugas. Justo al borde del agua habían colocado una especie de toboganes de un plástico blanco y

duro.

Aparentemente quienes se habían hecho cargo de nosotros tenían un marcado carácter espiritual. No sé muy bien si eran budistas o taoístas, ya que ambas corrientes se distinguen por un gran respeto por la naturaleza y los anímales. El caso es que, como una treintena de ellos se situaron alrededor de uno de los barriles y empezaron a entonar canticos religiosos y oraciones mientras hacían profundas reverencias e iban pasando las cuentas de un rosario que llevaban alrededor de sus muñecas. El caso es que, después de unos largos minutos con el primero de los recipientes, el que parecía ser el sacerdote ordeno silencio y, los dos operarios levantaron la cuba y la empezaron a volcar sobre las rampas blancas que habían preparado, haciendo que nuestros colegas se deslizaran hasta el agua.

Cuando contemplamos aquellos nos invadió un pasmo indescriptible que nos dejó en silencio y paralizados. Pero en cuanto comprendimos de lo que se trataba se produjo una explosión de alegría inmensa. ¡Nos estaban liberando! Por fin íbamos a vivir en un rio, nuestro hábitat natural. Íbamos a poder nadar y saltar todo lo que quisiéramos, comer insectos y gusanos, y no ese pienso insípido con el que nos habían criado y, si había un poco de suerte, hasta a lo mejor encontrábamos a alguna hembra con la que reproducirnos y tener renacuajos.

Cada vez que el grupo de monjes, beatos y devotos rodeaban una barrica, el guirigay que se formaba entre sus ocupantes era tremendo. El nivel de nerviosismo alcanzaba su clímax cuando los rezos cesaban y los dos peones se hacían cargo de la carga para acercarla a los toboganes. Hubo alguno que por impetuoso se salía del barril con sus saltos y aspavientos antes de llegar a las rampas, y se quedaba coleteando en la orilla. Así que mentalmente tome nota de intentar mantener la calma cuando me llegara el momento, no fuera a ser que terminase pisoteado en el barro y no libre en el agua.

Por fin le tocó el turno a mi cuba. Cuando sentí que éramos izados las agallas me palpitaban de forma descontrolada, y antes de que me diera cuenta, pez en el agua. La costalada con la superficie fue dura, pero no me importo en absoluto. Podía nadar, podía moverme, ¡era libre!

Lo primero que hice siguiendo mi instinto fue desplazarme a contracorriente, eso de dejarme llevar cómodamente por el agua no estaba hecho para mí. Pero en seguida observé que ni para mí ni para ninguno de los míos, ya que todos íbamos tomado la misma dirección. Con la novedad de vernos libres en el río lo primero que se nos ocurrió

fue empezar a echar carreras entre nosotros. Estábamos todos tan parejos en fuerza y tamaño que las competiciones eran reñidísimas. Al principio, con tanto apelotonamiento era difícil decidir quién había ganado y quién perdido, pero a medida que íbamos ascendiendo aguas arriba cada vez quedábamos menos. Selección natural supongo. Pasamos a ser unos pocos y de repente, casi sin darme cuenta, vi que estaba solo.

Entonces note que tenía hambre, mucha hambre. No nos habían dado de comer desde el día anterior y, con la excitación de la jornada y todo el ejercicio que había hecho estaba realmente desfallecido. Podría zamparme una buena docena de gusanos yo solito. En ese momento caí en la cuenta de que nunca me había procurado el alimento por mí mismo, aunque tampoco me preocupe mucho. Imaginé que siguiendo mi intuición natural seguro que aprendería rápido, como me había pasado con lo de nadar en libertad.

Me acerque a la orilla pensando que allí sería más fácil encontrar algo que echarme a la boca y, efectivamente, no había pasado mucho tiempo cuando distinguí algo que medio flotaba y medio nadaba no lejos de la superficie. No estaba claro de que se trataba, si de un gusano, o de un insecto, así que me acerque cauteloso a explorar. Lo raro es que aunque parecía vivo, ya que a veces se movía, no desprendía ninguna burbuja por lo que daba la impresión de que no respiraba. Sus movimientos no eran naturales; a ratos estaba parado y a ratos se desplazaba como a tirones. Nade unas cuantas veces a su alrededor y no pareció percatarse de mí presencia. Todo muy raro, pero en cualquier caso parecía inofensivo. Además, comparado conmigo era minúsculo. ¿Qué daño podría hacerme? Y yo estaba hambriento, así que vencí todos mis temores y me lance hacia él dispuesto a engullírmelo de un solo bocado. Pero no pude llegar ni a tragármelo. En cuanto cerré los dientes sentí un daño desgarrador que me destrozó la boca. Empecé a nadar a toda velocidad intentando librarme de aquello. Al principio nada se opuso a mi marcha, pero cuando llevaba unos cuantos metros note un tirón seco que hizo que aquello se me clavara aún más profundamente y una fuerza misteriosa empezó a arrastrarme hacia la orilla sin yo quererlo. Luche con todas mis fuerzas y algo debí conseguir, porque al rato pude volver a aletear a toda prisa hacia el centro de la corriente. Pero a los pocos metros un nuevo tirón termino con las pocas resistencias que me quedaban. La atracción invisible volvió a llevarme hasta la orilla para esta vez terminar elevándome por encima del agua depositándome sobre el suelo.

De pronto apareció un alma caritativa y, con una sonrisa de oreja a oreja me quito aquel artefacto que me estaba destrozando la boca y me soltó en un cubo repleto agua. Siempre había oído hablar de la hospitalidad de Shanghái. Afortunadamente, pudo comprobar en mis propias agallas que aquello que se decía era cierto.

En el cubo había un par de mis compañeros a los que reconocí de inmediato, ya que había nadado con ellos desde alevines. Por lo que me contaron su experiencia había sido parecida. Lo malo de la piscifactoría es que no nos hubieran enseñado a buscar la comida por nosotros mismos; alguien se lo tendría que decir para que mejoraran ese aspecto en el sistema educativo.

Menos mal que habíamos ido a parar a manos de este buen samaritano. No habían pasado ni unos minutos cuando cogió el cubo por el asa y nos llevó hasta su casa. Nada más abrir la puerta llamo a su mujer con gritos de alegría para hacer las presentaciones. La esposa, en cuanto nos vio sonrió aún más de lo que lo había hecho su marido. Siempre es de agradecer una acogida amable, pero aún más cuando se recibe en momentos de necesidad.

Lo primero que hizo la señora fue llevarnos hasta la cocina y dejar el cubo en el suelo. Desde allí se podía oír el chisporrotear del aceite en un wok y oler el aroma de un sofrito de verduras que inundaba toda la habitación. Nuestros benefactores se habían dado cuenta de que estábamos hambrientos y se habían puesto rápidamente a prepararnos algo. Desgraciadamente con la boca destrozada como la tenía no iba a poder ni probar bocado, primero necesitaba que me hicieran una cura de urgencia. Para llamar la atención de aquella buena señora y que se diera cuenta de mi situación empecé a agitar la cabeza con todas mis fuerzas, seguro que muy pronto se encargaría de mí.

CHEF DE TRES ESTRELLAS

Á Ángeles

Debía ser ya la hora del recreo porque los primeros chillidos de esas pequeñas bestias le empezaban a llegar a través del ventanuco que daba al patio. Era mejor que acelerase si quería que la comida estuviese en hora. Si no, sería un desastre, todos esos monstruitos abarrotando el comedor y sin nada que darles…no se quería ni imaginar la que se podía montar.

La de sueños que tenía cuando termino sus estudios de hostelería, total, para terminar alimentando todos los días a más de cuatrocientos mocosos que no diferenciaban una salsa tártara de una salsa bechamel. Si por ellos fuera se alimentarían solo de kétchup.

Encima, en la parte de atrás del colegio había un basurero ilegal y tenía que hacer verdaderos esfuerzos por mantener la cocina y el almacén libres de ratas. En los cubos industriales de basura aún estaban los restos de piel y huesos de la última cacería que había tenido que hacer esa misma mañana.

Tan solo se tranquilizó cuando se acercó a los fogones y comprobó que todo iba a estar a punto. Seguro que a esos pequeños bastardos les iba a encantar el estofado de carne que les había preparado. Además, el director también estaría contento. Una alimentación rica en proteínas y sin gastar del exiguo presupuesto.

A PIE DE PISTA

Á Jorge.

Estaba completamente empapado en sudor. El mono de trabajo se le pegaba tanto al cuerpo que apenas se podía mover. Con esa humedad era algo inevitable. Por eso le gustaba más trabajar en el hangar que en la pista. Pero Lionel Roberto no se había presentado hoy y el jefe le había encargado la revisión de ese avión a Florida antes de que despegara.

En el trayecto de vuelta desde el aeropuerto de Luperón siempre llevaba puesta la radio. Pero era más un ruido de fondo que otra cosa. Apenas le prestaba atención. En lo que iba concentrado era en meter el morro de su pick-up a los motoconchos. Así que ni siquiera se enteró cuando el locutor informó de la desaparición inexplicable del vuelo de las cinco a Miami.

Al llegar a su casa lo primero que hizo fue darse una buena ducha. Al desnudarse noto que, entre lo húmedo que estaba y la tuerca del tamaño de un puño que llevaba en el bolsillo, hoy el mono pesaba como un muerto. Aunque solo había abierto el grifo de fría, el agua salía realmente ardiendo. Ojala se pudiera refrescar de verdad en una de las piscinas de esos resorts de lujo para turistas.

El PASO DEL TIEMPO

Á Mamatita

Cipriana Gómez Ruiz nació en una ciudad mediana de una provincia no grande de un país no pequeño. Primera y única hija de padres ya mayores el embarazado fue considerado de riesgo, sin embargo, al nacer, los médicos no observaron nada raro en la criatura y todas las pruebas médicas fueron positivas.

Durante sus primeros meses como bebe, excepto en algunos instantes que se quedaba como embelesada, nadie notó nunca nada raro. Sin embargo, cuando su primer cumpleaños empezaba a acercarse, aún no daba ninguna muestra de que fuera a empezar a caminar, y mucho menos a hablar. Los pobres padres, seriamente preocupados ante la falta de interés de su pequeña por empezar a desarrollarse, volvieron a llevarla al hospital para someterla a una nueva batería de ensayos clínicos. Los doctores volvieron a diagnosticar que Cipriana era una niña perfectamente sana y que no había ningún motivo para la preocupación, cosa que evidentemente dejo a sus progenitores envueltos en un mar de angustia.

En los primeros años de su infancia, su tendencia de quedarse colgada de las musarañas se acentuó hasta límites nada normales para una criatura tan pequeña. En vez de salir a jugar con los otros niños del vecindario se pasaba las horas muertas mirando por el mirador de la sala o por la ventana de su cuarto. Y si no tenía ningún sitio por el que mirar, simplemente colgada de las musarañas, como si estuviera en un universo paralelo. Las malas lenguas, que siempre las hay, decían que la pobrecita había nacido idiota, sin embargo, la ciencia médica seguía insistiendo en su normalidad.

A la edad de siete años, con una apariencia y un desarrollo más propio de una niña de cinco años, dio la primera muestra de lo que pudiera ser que le ocurría a Cipriana. Sin dejar de observar por el gran ventanal de la sala, y mientras su madre hacía punto mientras la telenovela les hacía la sempiterna compañía vespertina comento como si tal cosa, “Hoy el tiempo estrena zapatos”. Su madre, más atenta a las vicisitudes la relación entre Maria Alejandra Belinchón y el asqueroso de Oscar Norberto Paliza que a su hija, no le hizo demasiado caso. Sin embargo, estos comentarios sobre un personaje imaginario al que ella llamaba tiempo se fueron haciendo cada vez más frecuentes, y su padre empezó a prestar una atención especial por si tuviera algo que ver con el desarrollo a cámara lenta que su hija estaba experimentando. Unas veces el tiempo la sonreía, otras veces

el pobrecito tiempo se había olvidado el paraguas a pesar de que llovía y a cántaros y claro, el pobrecito iba todo empapado y se iba a constipar. En un principio el pobre hombre se pensó que tan solo se trataba de un amiguito imaginario con los que su hija suplía la falta de amigos de carne y hueso, pero un buen día la niña dijo “Hoy el tiempo tenía mucha prisa, no ha tenido tiempo ni para saludarme”, y para pasmo del buen hombre el comentario coincidió con uno de esos días donde todo el mundo anda acelerado y las cosas van surgiendo una tras otra de manera atropellada, como si todo fuera para ayer.

Y así, el tiempo fue pasando a su velocidad de trescientos sesenta y cinco días por año, excepto para la niña Cipriana por la que parecía que el tiempo transcurría de una manera mucho más lenta, como si llevase el freno de mano echado. La pobre niña no tuvo su primera menstruación hasta los diecisiete años y los pechos no comenzaron a desarrollársele hasta los veinte. En la ciudad provincial era considerada casi como un monstruo de la naturaleza, por lo que apenas tenía vida social, pasando sus días mirando por aquellas enormes cristaleras que daban a la Calle Mayor y haciendo sus comentarios estrafalarios sobre lo que lo sucedía al tiempo cada vez que pasaba por delante de ella. La familia Gómez Ruiz acabo asumiendo la situación como la cosa más normal del mundo, hasta tal punto que el día que su padre comentó “Esta niña, de tanto ver pasar el tiempo consigue que el tiempo no pase por ella”, la madre no le presto ni la menor atención.

A la edad de cuarantaypocos años, y tan solo aparentando veintyalguno, Cipriana se quedó huérfana. Sus padres la dejaron en una situación económica relativamente cómoda, pero ella, de tanto pasarse el día contemplando el tiempo pasar era prácticamente nula en las cuestiones prácticas de este mundo. Afortunadamente, un primo segundo de toda confianza se hizo cargo de la gestión de su patrimonio y ella se pudo dedicar noche y día a su pasamiento favorito, seguir las andanzas del que siendo su amigo era invisible para el resto de los mortales. Se pasaba las horas, incluidas las nocturnas, sentada frente a las ventanas, cristaleras y miradores que había en la vivienda. De hecho, colocó sillas, sillones, butacas, y hasta la cama, ya que el tiempo nunca duerme, de forma que siempre tenía un campo de visión directo sobre al exterior de la casa. Y hablaba mucho consigo misma. Al ser la única habitante del apartamento no tenía por qué preocuparse de lo que pensaran los demás. Saludaba al tiempo al pasar y, si este por lo que fuera no la veía, lo llamaba a voz en grito. El, si era un momento sin prisas, se paraba a charlar con ella desde la calle y

comentaban como de rápido o de despacio iban trascurriendo las cosas. Y mientras todos a su alrededor iban haciéndose mayores a ojos vista, ella se conservaba exactamente igual día tras día.

Al acercarse a los setenta su primo tan bien falleció. Sus bienes por aquel entonces ya estaban bastante menguados y los hijos de su primo segundo no tenían el más mínimo interés en seguir haciéndose cargo de sus asuntos, así que, el asistente social del ayuntamiento recomendó que se la internara en el asilo municipal. El principal problema era su aspecto y su físico lejos de la vejez. ¡Si hasta aún tenía la regla! El director del centro de la tercera edad era reacio a aceptarla e intento en mandarla al manicomio provincial, pero una nueva batería de ensayos clínicos certificaron una vez más su normalidad, tanto física como psíquica.

Una vez en la residencia de ancianos, rodeada de gente y teniendo que asistir a las actividades que el centro organizaba, no podía dedicarse todo el rato a buscar y mirar que era lo que hacía su amigo, y, poco a poco, algo sí que fue envejeciendo. A los ochenta años le empezaron a aparecer las primeras canas y, por fin, a los ochenta y cinco, los primeros síntomas de la menopausia.

A los ciento veinte años le sobrevinieron unas cataratas que volvieron su visión borrosa. Debido a su edad las autoridades sanitarias no aprobaron la operación correctora y el óptico encargado de su caso aconsejo que no estuviera en sitios con mucha luz, por lo que las enfermeras y celadoras vigilaban para que no se acercara a las ventanas. Desde entonces, aparentemente su proceso de envejecimiento empezó a seguir un ritmo más normal. No obstante, y teniendo en cuenta que no aparentaba más allá de unos ochenta años, los médicos consiguieron su consentimiento para que donase su cuerpo a la ciencia. Ya que en vida la medicina había sido incapaz de explicar su caso, esperaban que a su muerte pudiese contribuir de alguna forma a alargar la esperanza de visa en un estado físico saludable.

Un día de mayo del año en el que Cipriana contaba ya ciento treinta y cuatro primaveras sucedió un suceso extraordinario. Por la mañana los rosales del jardín despertaron florecientes, tan cargados estaban de flores que sus ramas se combaban hasta casi tocar el suelo. A mediodía, ante un sol limpio y claro, la temperatura empezó a subir hasta alcanzar más allá de los cuarenta grados y las flores se secaron. Por la tarde unas nubes feas y grises cubrieron todo, el viento empezó a bajar y los termómetros descendieron. Los árboles de la chopera

perdieron todas sus hojas y quedando totalmente desnudos. Al anochecer, las temperaturas se desplomaron y, sorprendentemente, empezó a nevar. En el momento en el que la nevada tenía mayor intensidad, el tiempo de Cipriana de detuvo para siempre.

La enfermera de guardia llamó inmediatamente al hospital provincial para que se hicieran cargo del cuerpo, pero los trabajadores del departamento forense se habían marchado ya para sus casas y, además, con esa nevada, no habría forma de llegar.

No obstante, el equipo médico encargado de recoger el cuerpo llego a primerísima hora de la mañana. Cuando abrieron la habitación se encontraron solo con un esqueleto al que no le quedaba nada de piel ni de carne. Los cabellos y las uñas tenían una longitud inusitada. Las enfermeras y celadores de guardia aquella noche aseguraron que nadie había entrado en el dormitorio de la anciana desde que se produjese el fallecimiento. No obstante la autopsia determinó que aquellos restos óseos correspondían a una mujer fallecida unos cuarenta años antes.

TIEMPO DE VIAJAR

La empleada no abandonó su tono amable en ningún momento aunque aparentemente se le debían de estar ya agotando los recursos.

Cuando el caballero de edad madura y aspecto sofisticado entro en la agencia pensó que iba a poder hacer una venta fácil, pero se estaba convirtiendo en una de las más complicadas con las que se había tenido que enfrentar en su dilatada experiencia. Nada de lo que le había ofrecido había despertado el más mínimo interés en el cliente potencial. Parecía ser que el hombre había estado ya en todas partes. Era nombrar un lugar del planeta y ya lo había visitado. Este señor había hecho ya de todo y en todos los lugares.

Así que recurrió al nuevo proyecto piloto que les habían hecho llegar desde la central. Ella no había vendido aún ninguno de ese tipo, pero sabía que en la oficina de la zona centro ya habían organizado alguno de este nuevo tipo de desplazamientos y que los viajeros estaban volviendo encantados. Se suponía que de momento tan solo se los podían ofrecer a clientes de toda confianza, ya que le producto era propio, había sido desarrollado por su departamento de I+D y la compañía quería evitar reclamaciones que dieran al traste lo que prometía ser el elemento estrella del catálogo de la empresa en los próximos años. Pero el caballero había demostrado ser un viajero experimentado y no un simple turista, y ella necesitaba realizar alguna venta importante que le ayudara a lograr los objetivos mensuales. Por eso decidió arriesgarse y, esbozando la mejor se sus sonrisas y mirándole directamente a la cara le dijo:

- Estoy segura de que lo que nunca ha hecho usted es un viaje en el tiempo.

La cara de pasmo del cliente fue inenarrable. En un primer momento no supo si mostrarse ofendido, si levantarse e irse sin intercambiar más palabras, o si lanzar una carcajada. Pero la dependienta había demostrado hasta el momento una gran profesionalidad y la seguridad con la que había hecho el comentario demostraba a las claras que estaba hablando en serio.

- He de reconocer que ha despertado usted mi curiosidad. ¿Es eso posible? Pensaba que esas cosas pasaban tan solo en las novelas baratas de ciencia ficción. No sabía que ya se pudieran hacer, no he leído nada en la prensa.

En ese momento ella supo que con poco que se esforzará ya tenía la

venta en el bolsillo.

Pasó a explicarle que se trataba de un nuevo producto recién salido de su departamento de investigación. Que la iniciativa aún estaba clasificada como confidencial para evitar posibles actos de piratería industrial por parte de la competencia y que por eso no era aún conocido por el gran público, pero que de momento estaba resultando todo un éxito. Ella pensaba que por su experiencia él podría estar interesado en probar y que, al mismo tiempo, la participación de una persona con su perfil podría hacer contribuciones muy valiosas para el proyecto.

Pasó a contarle todos los detalles de cómo se efectuaría el viaje y a responder las innumerables preguntas lógicas que le hacía el cliente, la mayor parte de ellas relacionadas con cuestiones de seguridad relativas al trayecto y, sobretodo, a la vuelta. Lógicamente muchas de ellas eran tópicas. La que todo el mundo hacía inevitablemente era cómo garantizaban que los pasajeros temporales con sus desplazamientos por el pasado o el futuro no alteraban el presente.

- No se preocupe, los viajeros no pueden interactuar de ninguna forma con las personas o con los paisajes que se encuentren. Para explicarlo de forma muy sencilla, los pasajeros son como fantasmas, no pueden ser vistos, no pueden ser oídos, no tienen fuerza física para tocar, coger o romper nada.

- Ósea que, al mismo tiempo que ustedes han inventado los viajes en el tiempo, han demostrado la existencia de los fantasmas.

- Eso es, solo que en vez de ser muertos que nos visitan del más allá, son viajeros de nuestra agencia de viajes que vienen a vernos desde el futuro. Por eso estamos completamente seguros de que esta propuesta innovadora va a ser todo un éxito.

- Muy bien, me ha convencido usted. Por favor, prepáreme un viaje de un fin de semana para dentro de diez años.

- ¿Está seguro de que quiere ir al futuro? Y además, ¿a un futuro que le afecta? No sería mejor comenzar con algo que no tenga nada que ver con usted. No sé, asistir a un momento histórico, o a un hecho que tenga para usted especial relevancia. Por ejemplo, si es usted un fan de la música pop podría asistir al único concierto que dieron los Beatles en Madrid. Es como si una persona que nunca ha salido de su ciudad decidiera empezar visitando la Antártida.

- De eso nada, quiero saber cómo me va en el futuro.

- Pero, ¿y si no es de su agrado? ¿Y si su futuro le defrauda?

No hubo peros ni argumentos que le convencieran, así que entre los dos, escogieron las fechas más convenientes. Al final el cliente eligió un puente de dentro de diez años. Al ser festivo en las dos épocas casi no le causaría ningún trastorno en ninguna de los dos periodos temporales afectados.

El viajero volvió encantado. Resulta que diez años después se convertiría (o se había convertido, el uso de los tiempos verbales empezaba a ser algo relativo) en un hombre de éxito. Respetado y admirado en el terreno profesional y querido y rico en el personal.

Así que enseguida quiso repetir. Esta vez decidió desplazarse veinte años. Quería saber si la buena fortuna iba a seguir su curso o iba a surgir algún problema que estropease lo que prometía ser una vida brillante y feliz.

El segundo viaje confirmó lo averiguado en el primero. La tendencia positiva de su vida seguía imparable y averiguo que veinte años más tarde se encontraría, o se encontraba, o se había encontrado, en la cúspide social desde todos los puntos de vista. Era una figura de referencia en todos los ámbitos. La vida le sonreía y estaba rodeado de riquezas, fama, prestigio y mujeres.

La solicitud del tercer viaje no tardó en llegar. Ahora para treinta años después. En esta ocasión se acababa de jubilar, pero su enorme prestigio hacían que siguiera muy presente en la vida pública, desplazándose alrededor del mundo dando conferencias, participando en debates televisados, y hasta asesorando a varios gobiernos, incluyendo el de su propio país.

Y entonces el viajero dejó de viajar. Por mucho que la agente de viajes le hizo nuevas propuestas e incluso una rebaja considerable en el precio, no quiso saber nada de nuevas aventuras temporales.

- ¿Para qué? À partir del momento en que lo deje ya solo me queda contemplar mi propia decadencia. No me interesa ser testigo de eso. Con vivirlo una vez y en primera persona llegado el momento, es más que suficiente.

- ¿Y por qué no prueba usted ahora el pasado?

- ¿Qué tiene de interesante el pasado? Eso ya lo conozco. Es como ver una película mediocre por segunda vez.

Así que el viajero se convirtió en un ser sedentario, en un principio feliz

por la vida que le esperaba y muy activo y haciendo mil cosas, ansioso por vivir ese magnífico futuro que sabía que le esperaba, esos gloriosos años con un éxito asegurado que ya conocía.

Y poco a poco esa energía fue disminuyendo. Esa pasión y esa alegría fueron dando paso a una depresión invencible. Y una tarde de otoño, cuando aún quedaban muchos años para que se cumpliesen diez desde su primera visita a esa maldita agencia, antes de acostarse se pasó por la farmacia del barrio a adquirir un bote de barbitúricos. Esa misma noche averiguó en primera persona cual era el fallo del nuevo y exitoso producto desarrollado por el departamento de I+D de la empresa de viajes.

INTELIGENCIA EMOCIONAL

Á Asun Gómez. Para que también sea citada en ficción.

El recital se estaba desarrollando de forma aparentemente normal, los espectadores parecían disfrutar de cada una de las poesías y ninguno se había dado cuenta de que en realidad estaban tomando parte de un experimento científico. Era el primero de una serie de ensayos y se centraba tan solo en obras clásicas escritas por los antiguos humanos. Con los resultados obtenidos tendrían datos que les iba a permitir mejorar los algoritmos, tanto para el prototipo creador como para el lector.

ING25671TER70.05.52, como director de todo el proyecto a nivel galáctico asistía por responsabilidad, no porque tuviera el más mínimo interés o fuera a sentir la menor emoción. Él era uno de esos modelos que cuando fue programado aún estaba permitido que se les almacenara en memoria todas las obras artísticas que se habían producido en la tierra, tanto por los humanos como por los humanoides que les sucedieron. Así que en picosegundos podía acceder a cualquier obra de la literatura universal o composición de música clásica. Que pretenciosos los humanos, llamar literatura universal a la ínfima cantidad de obras producidas en ese minúsculo planeta. Si alguno de ellos aún existiera sería incapaz de asimilar las dimensiones actuales dominadas por la Federación Androide. En cuanto el proyecto terminara y se diera luz verde al modelo creador en sus distintas facetas de novelista, poeta, pintor, músico o cineasta, en tan solo un instante serían capaces de generar la misma cantidad de arte que los humanos habían generado durante toda su existencia.

ING25671TER70.05.52 reconocía que en un principio se había opuesto a la idea. En aquellos días él era de los que opinaban que la solución existente por entonces de llevar todo el arte cargado en los sistemas de almacenamiento masivo era más que suficiente, pero la rama progresista del Comité Central de la Federación se había impuesto con la teoría de que solo podrían alcanzar un nivel superior de progreso si eran capaces de dotar a los próximos modelos de androides de la capacidad de crear emociones y de apreciar las emociones creadas por otros. Para evitar atajos, la primera decisión del órgano directivo fue prohibir la opción almacenista. Desde entonces todo aquel modelo dotado con el nivel mínimo de inteligencia debería der capaz de aprender por sí mismo el distinto arte existente. Ese fue el primer reto al que se había enfrentado como máximo responsable de la iniciativa y había resultado más fácil de lo que

imaginaba. Por algo, desde que los humanos les concibieron les habían dotado de la capacidad de mejorarse a sí mismos a través de la experiencia.

La segunda fase del programa era conseguir que distintos prototipos sintieran emociones. Hasta que esta etapa no terminara no se centrarían en las subrutinas necesarias para comenzar a dotar a algunos de ellos de la cualidad de crear. Y tenía que reconocer que esta fase se le estaba atragantando más de lo previsto y que el Comité de Supervisión le estaba comenzando a apremiar. Por eso el ensayo de hoy era tan importante. Si al analizar los datos recogidos por los distintos sensores incorporados a cada uno de los asistentes más los de los sensores ambientales las conclusiones eran positivas, entonces ya podrían pasar al diseño preliminar del modelo creador autónomo.

Pero además de los datos, él, por un sentido estricto del cumplimiento del deber asignado, había querido sentarse al lado de PUB32GHE23.02.27, que era el único en la sala dotado de la última versión de inteligencia emotiva programada y terminada de compilar a primera hora de ese mismo día.

No había querido que le informaran de la lista de obras seleccionadas por el Comité Artístico, así él también tendría alguna sorpresa y la velada no le sería tan soporífera. Cuando el primer recitante comenzó a declamar *“Sabe todo mi huerto a desposado…”*, le pareció una buena elección como primer plato, pero aún antes de terminar el primer verso él ya sabía que aquello no conmovería a PUB. Y aunque el recitante estaba dotado de una dicción y entonación extraordinarias, efectivamente, nada sucedió en la sala a nivel emocional.

Los oradores y las obras se iban sucediendo y, aunque en alguno de los modelos sí que se percibía algún cambio anímico, todo estaba resultando especialmente aburrido. Par su pesar tenía que reconocer que no era por la calidad de las obras escogidas, sino porque aparentemente aún tenían que perfeccionar la subrutina EMO.INT.7231.

La atmosfera del auditorio empezó a cambiar cuando uno de los ponentes inició la declamación de una obra menor de un poeta no muy conocido que comenzaba diciendo *“Ayer te descubrí desnuda. Sentada, junto a los pies esquivos…”.* En un principio ING25671TER70.05.52 atribuyó el cambio al concepto de desnudez con el que los nuevos modelos no estaban acostumbrados. Desde que la reproducción se había automatizado todos los androides de niveles medios e inferiores no estaban preparados para cualquier referencia

de tipo sensual. Sin embargo, al poco tiempo se dio cuenta de que ese no era el motivo. Aparentemente el anfiteatro se estaba cargando de cierta atmosfera sentimental. Ya veríamos cuando volviera al laboratorio central y examinara los datos.

Cuando el último de los oradores comenzó a recitar *“Puedo escribir los versos más tristes esta noche.”* se dio cuenta, sin necesidades de analítica o de informes, de que iban por el buen camino. Pudo sentir como PUB32GHE23.02.27 se movía inquieto a su lado. Le miró disimuladamente y vio con satisfacción como tenía los visores humedecidos, llegando a producir hasta alguna pequeña lágrima.

Cuando la sesión hubo terminado el teletransporte comunal se llevó a todos los asistentes, pero él, como máximo responsable del proyecto, disponía de su propio sistema privado para trasladarse en unos escasos milisegundos hasta su galaxia, distante tan solo a pocos años luz. Durante el tiempo que duraba el trayecto se asignó a sí mismo la tarea de revisar los planos mecatrónicos de PUB32GHE23.02.27. Indudablemente alguno de sus subordinados se había saltado las instrucciones. La incorporación de los lagrimales artificiales no estaba prevista hasta dentro de dos modelos.

QUÉ LEER

Á Luis Quintana Machuca

En cuanto el tren se puso en marcha levantó los ojos de manera involuntaria, como el perro de Paulov nada más oír la campana. Y como cada día, allí estaba él. Sentado en el mismo asiento del mismo vagón del mismo tren de cercanías que a diario les llevaba desde la zona residencial en la que vivían al centro de la ciudad donde estaban sus respectivos trabajo. Y como de costumbre, nada más sentarse ya se había enfrascado en la lectura de su revista que, desde que reparó en él hace ya ni se sabe cuánto tiempo, era siempre la misma publicación: QUÉ LEER.

Debería de estar ya acostumbrado, igual que ya no le llamaba la atención ver los ciervos o las encinas del monte que el tren recorría cada mañana. Pero no, seguía llenándole de perplejidad que una persona dedicará el tiempo del trayecto entre su casa en las afueras y su trabajo en el centro de la ciudad a leer sobre qué leer, para, sin embargo, no abrir jamás las tapas de un libro.

Un día decidió pasar a la acción, cogió de su biblioteca su libro preferido, “Tres Tristes Tigres” y se lo llevo consigo. Cuando el tren se aproximaba a la estación donde el lector incansable de lecturas recomendadas se subía dejó sobre su asiento habitual el libro. Para cabezota él. No se iba a quedar con las ganas de ver al leedor leyendo un libro de verdad.

Al parar el tren fijó sus ojos en las páginas de la colección de cuentos de Benedetti que él estaba disfrutando durante esos días, evitando que su mirada ansiosa le delatase. Cuando ya habían pasado unos cuantos minutos desde que se alejaron de la estación y, por supuesto, sin haber avanzado una sola palabra en la historia que Don Mario le estaba contando en ese momento, levantó la vista para ver cuál era la situación.

Su pasmo fue mayúsculo. ¡Pues no estaba el interfecto todo concentrado en el ejemplar del último mes de la revista de marras! Escudriñó con un poco más de atención para ver qué había pasado y vio la obra de Cabrera Infante colocada en el portaequipajes de encima del asiento. Lo peor es que, bajándose él antes que el desconocido se iba a quedar sin saber cómo terminaba la cosa.

Pensó que posiblemente querría terminar el número mensual de su publicación preferida para a continuación ponerse con ese regalo del cielo que él le había dado. Pero no, no fue así ni mucho menos. Día

tras día, como la monotonía del ruido del tren sobre las vías, como la rutina de levantarse todos los días, el supuesto amante de la lectura seguía enfrascado en su revista preferida. Como si nada ni nadie le pudieran hacer cambiar de hábitos. Como un musulmán leal siempre fiel a sus cinco oraciones diarias. Y de los tres felinos nunca más se supo.

Tal vez se había equivocado. Tal vez el grosor del volumen había disuadido al lector. O, lo más probable es que, como lector contumaz la obra ya le fuera más que conocida. No le quedaba más remedio que ser astuto y anticiparse. El primer miércoles del mes siguiente, durante la pausa de la comida se acercó al quiosco de la esquina y compro QUÉ LEER. Luego, se acercó a "Altazor", la librería del barrio, donde siempre tenían las últimas tendencias y el librero siempre daba muy buenos consejos y entre los dos seleccionaron un libro de cuentos recién salido de una joven promesa checa de la que todo el mundo se hacía lenguas.

A la mañana siguiente salió de su casa con una enorme sonrisa. Esta vez sí que le iba a sorprender. Era imposible que nada fallara.

Sin embargo todo fue igual que la vez anterior. Cuando se bajó de en su parada pudo comprobar como los cuentos habían sido también ignorados y depositados en la repisa del portaequipajes, temiéndose muy mucho que se fueran a quedar ahí ante la más absoluta de las indiferencias. Bueno, tarde o temprano alguien los encontraría y se llevaría una alegría, pensó intentando consolarse.

Pero por un par de contratiempos no se iba a dar por vencido. A tenacidad nadie le ganaba. Costara lo que le costara iba a descubrir que le gustaba leer al supuesto lector amante de la lectura. Como todo en esta vida seguro que la perseverancia acababa dando sus frutos. Ya se veía en un futuro no muy lejano, cuando por fin hubiese domado al leedor virgen, charlando los dos animadamente sobre corrientes literarias, autores nóveles o clásicos imprescindibles y riéndose juntos al recordar estos días en los que aún no se conocían, y el desconocido profundamente agradecido a su Pigmalión por el nuevo universo real e infinito que le estaba mostrando.

Probó con todo. Poesía, cuentos, novela negra. Con nada tuvo éxito. Ni autores consagrados ni nuevas apariciones. Ni grandes éxitos ni joyas de la literatura universal. Pero no se puede decir que desistió fácilmente. Lo intentó una y otra vez. Hasta su mujer se extrañó de las calvas que empezaban a aparecer en las estanterías del salón. Él, que no dejaba un libro ni a su hermano mayor. Que cuando un amigo le

pedía uno prestado prefería perder la amistad al ejemplar. Pero un día ya no pudo más. Desistió. La tristeza al irse desposeyendo voluntariamente de cada ejemplar pudo más que su deseo de compartir su amor por la lectura con ese total desconocido.

Durante un tiempo siguió cogiendo el tren. Pero la desazón le corría por dentro. Ni tan siquiera podía ya leer el libro que siempre llevaba consigo. Tan solo podía mirar con infinita amargura como el otro devoraba literalmente QUÉ LEER, sin nunca leer nada. Un buen día decidió olvidarse de todo aquello y empezar a bajar al centro en autobús, aunque le llevara quince minutos más.

Al sentarse enseguida notó algo duro. Normal, en el asiento había un libro de un grosor considerable. Lo raro es que no lo hubiera visto antes, pero claro, ya iba con el piloto automático. Por un momento pensó en quedarse el mamotreto y llevárselo a alguno de sus compañeros. Seguro que haría las delicias de más de uno de ellos. Pero prefirió no arriesgarse, de éste no tenía ninguna referencia y como le hicieran alguna pregunta se iba a ver en un buen apuro. Así que prefirió dejarlo en el portaequipajes y dedicarse a la lectura de su revista.

Cuando su tío le dijo que finalmente sí que había podido enchufarle en el ministerio no se pudo imaginar que se refería a la parte de cultura y no a la de deporte. ¡Pero si él no había abierto un libro en su vida! A él que lo que le gustaba era seguir el fútbol a todas horas. De historia de la literatura, ni flores, pero la vida y milagros de los jugadores de hasta de las categorías de alevines, que le echaran lo que fuese. Claro, ahora rodeado de toda esta pandilla de ratones de biblioteca no le quedaba más remedio que ponerse las pilas e intentar estar al día. ¡Si ni empollándose la maldita revista que le había recomendado el quiosquero conseguía enterarse de la misa a la media! Pero tenía que hacer un esfuerzo para no quedarse aislado entre los compañeros de departamento. Como se corriera la voz de que lo más que había leído en su vida eran los resultados de la última jornada se iba a echar una fama que ya no la iba a levantar nadie.

Los libros empezaron a aparecer con más frecuencia. Ya hasta se acostumbró a mirar en el asiento antes de sentarse. Siempre los dejaba en el portaequipajes. Por curiosidad le pregunto a un amigo que sí que era de esos que leen y le dijo que ahora había una modalidad de intercambio de libros en lugares raros. Fijo que se trataba de eso. Otra cosa que le pareció rara es que un tipo que se sentaba dos filas más hacía delante en dirección contraria, como que

le espiaba. Tal vez era de los del club de lectura, pero, si era así no entendía porque no cogía él los libros si se subía antes en el tren. Posiblemente ese tío rarito era el que dejaba los libros y le vigilaba para que no se los llevara. Le dieron ganas de decirle que tranquilo, que por nada del mundo. Que bastante tenía que tenerse que aprender esa revista de pedantes para encima empezar a ponerse a leer de verdad.

Un buen día, tal y como habían empezado a aparecer, los libros desaparecieron. Bueno, una molestia menos. Con el tiempo el tío con la expresión de haberse comido una enciclopedia también dejo de asomar la jeta y ya no se le vio más por el tren. Otro descanso. Ya empezaba a estar harto de sentirse observado. Una mañana, por probar, se sentó en el sitio del pedante. La verdad es que la luz era mucho mejor en este asiento y se podía leer mucho más a gusto. Con esta iluminación natural hasta le entraron ganas de abrir las páginas de un libro de verdad. Tal vez podría empezar por uno de cuentos. Lástima que los del misterioso club de lectura hubiesen dejado de utilizar ese vagón para sus intercambios.

CUANDO DESPERTÓ

La criatura dormía plácidamente. Había tenido ratos de sueño agitado, como de pesadillas, pero aparentemente esos malos momentos ya habían pasado porque ahora transmitía tranquilidad y roncaba como una bendita. Debía de estar muy cansada ya que hacía mucho tiempo que dormía; pero él no pensaba irse de allí hasta que despertara. Ese extraño ser le causaba una curiosidad enorme.

La vio por primera vez a lo lejos esa misma mañana pero como le solía ocurrir con casi todas las especies, posiblemente debido a su enorme tamaño, la criatura enseguida salió corriendo en dirección contraria buscando un escondite, ya que escapar de él por velocidad era prácticamente imposible.

Cuando la descubrió entre la maleza ya estaba dormida. Al principio, tal vez a causa de sus sueños alterados, le había parecido una cosa fea y odiosa; pero ahora que descansaba de forma relajada le parecía mucho más tierna, hasta empezaba a sentir cierta apetencia por ella.

Cuando despertó, él todavía estaba allí. Al verle la criatura puso una cara de horror indescriptible. Se sintió ofendido. Tampoco era para tanto. Él no era tan espantoso. No supo si por terror o por estrategia la criatura se quedó absolutamente paralizada. Mientras la contemplaba así, tan quieta, tan parada, decidió que sí, que la criatura le trasmitía ternura. Y no supo si por asociación de ideas o por cualquier otro motivo pensó que ese era tan buen momento como otro cualquiera para dejar de ser herbívoro y probar la carne por primera vez en la evolución de su especie.

LA RIMA DE LAS MATEMÁTICAS

Á Pape

En cuanto leyó el anuncio en el periódico el corazón le dio un vuelco. Venia esperándolo desde hacía varias semanas, ya que sabía que la convocatoria era bianual y se solía producir por esas fechas, y por fin, tras las páginas de cultura y una vez terminados los anuncios de los concursos literarios, a píe de página de la sección de ciencias, allí estaba. Enterarse de que el plazo del Concurso Internacional para Matemáticos ya se había abierto le hizo entrar en tal estado de excitación que fue como si el resto del mundo dejará de existir.

Había probado con anterioridad en un par de ocasiones, una durante el doctorado y, más tarde, durante su estancia en la Politécnica de París. En ambos intentos se quedó con la impresión de que realmente se había aproximado muchísimo a la solución, pero en los dos casos la ecuación ene dimensional para números complejos de Schiller/Whitman se había mostrado inexpugnable, como venía sucediendo desde que esos dos genios de las matemáticas plantearan ese gigantesco reto a la humanidad.

Cuando consiguió serenarse un poco se encerró en su despacho e hizo acopio de un buen montón de folios en blanco. No se molestó en revisar las notas que había tomado sobre este problema a lo largo de su carrera profesional. Quería empezar de cero, sin que los razonamientos previos le condicionaran, no fuera a ser que en alguno de los pasos ya dados estuviera encerrado el error que le conducía una y otra vez, de forma inexorable, al fracaso y a la frustración.

Dio lo mejor de sí. Aplicó todos los conocimientos que tenía de la ciencia exacta por excelencia. Utilizó conceptos tanto de cálculo infinitesimal como de álgebra aplicada. No hubo teorema, aproximación, ley o razonamiento del que no dejara de sopesar su posible uso ante las distintas dificultades con las que se iba encontrando en cada paso. Fue tal su grado de concentración que dejo de sentir frio o calor, hambre o sed, y no notaba que las horas pasaban. El bolígrafo volaba sobre los folios, y el desarrollo de la solución fluía incesantemente. Aplicó recursos que nunca hubiera considerado, pero todo parecía encajar de forma perfecta. Por fin, a las veintitantas horas de encierro, estrujándose el cerebro todo lo que era capaz, la solución definitiva estaba ante él. Se sentía feliz, pleno, completo. Era consciente de la importancia de la hazaña que acababa de realizar y de que, de ahora en adelante, su nombre figuraría entre los de los más grandes matemáticos de la historia y a los que tanto

admiraba.

Decidió acostarse para descansar un poco y después ya revisaría todo de forma meticulosa para garantizar que no había ningún error, que no había omitido ningún detalle, aunque fuese infinitesimal, que invalidara todo el razonamiento.

Cuando se despertó lo primero que sintió fue un tremendo vacío en su interior. Sabía que no había sido un sueño, que había conseguido descifrar el mayor reto existente para cualquier matemático, pero aun así, no podía dejar de notar un cierto desasosiego.

Aunque el hambre le devoraba las entrañas, volvió a sentarse delante de los folios, esta vez ya no blancos e inmaculados, si no llenos de sus razonamientos y explicaciones. Reviso cada paso, cada cambio de variable, cada aproximación, y todo estaba correcto. No había duda, la ecuación enunciada por Whitman y Schiller hace ya tanto tiempo había dejado de ser una incógnita para siempre. En ese mismo instante entendió la ansiedad que le atenazaba. El método que había utilizado de aplicación conjunta de las distintas ramas de las matemáticas era algo que se podría emplear ante cualquier nueva ecuación, tesis o teorema, que así quedarían resueltos casi de forma inmediata. Una vez encontrada la fórmula para enfrentarse a cualquier nuevo reto de la matemática moderna, ¡era tan fácil!

Se aproximó a la terraza y, mirando llover a través de los amplios ventanales intento resolver el problema, esta vez existencial, al que se enfrentaba. Si publicaba su hallazgo, reconocimiento internacional para él, pero adiós a la investigación matemática para siempre. La profesión de matemático a la que tanto amaba dejaría de tener sentido que tenía en la actualidad, y todos sus colegas se quedarían sin futuro como investigadores, pudiendo emplearse, de ahora en adelante, tan solo como docentes. Había llegado hasta el último límite. Pero si no hacía público su descubrimiento, sería una pena que algo tan hermoso, algo a lo que había dedicado tanto esfuerzo y en lo que había depositado tantas esperanzas e ilusiones se quedara sin ver la luz. Desafortunadamente la vida no era una ciencia exacta y por eso este tipo de dilemas eran terriblemente complejos para él. Con los amigos siempre comentaba bromeando que ante estas situaciones se sentía como π en una convención de números enteros. Al cabo de un rato viendo caer el agua, tomo la decisión que pensó más correcta.

Volvió a la cocina y allí, sobre la mesa, aún se encontraba el periódico del día anterior. Si no recordaba mal, lo que buscaba estaba casi llegando al final, entre las páginas de cultura y ciencia. Sí, eso era.

Tomo los folios de su despacho y los metió en un sobre en blanco, y sobre el sobre escribió la dirección que figuraba en aquel anuncio.

Cuando el secretario del concurso, abrió aquella carta, el contenido no pudo por menos que llamarle la atención, pero repasando las normas aprobadas por el Comité Organizador y hechas públicas para el conocimiento de los posibles concursantes, no halló nada que pudiera invalidar esa candidatura. Así que, como hacía con todas las propuestas que llegaban, le asigno un número en el registro de concursantes e hizo una copia para cada uno de los miembros del jurado y otra para el archivo.

A los pocos meses la obra “La Ecuación de Schiller/Whitman” figuraba como ganadora de un accésit en el concurso sobre poesía del futuro que anualmente convocaba una prestigiosa revista literaria de tirada minoritaria. La lectura de todas las obras premiadas se podía realizar a través de la página web de la propia revista.

HELEN, LA NIÑA INVISIBLE

Á Helen, dondequiera que esté.

En cuanto Edelvina abre la puerta del armario, Helen sale disparada hacia fuera como uno de esos muñecos con muelle y cara de payaso de las cajas de broma que en cuanto levantas la tapa saltan de forma sorpresiva, asustando al incauto que ignora lo que hay dentro. Lo primero que hace es dar un abrazo enorme a su madre, como un náufrago se aferra al madero que se encuentra en medio del océano después de horas de vagar a la deriva por las aguas temiendo ahogarse, y mientras la abraza, poco a poco va dejando que sus pupilas se adapten a la luz que le inunda sus ojos después de tantas horas de oscuridad.

- ¿Se fueron ya los señores?

- Si, ya estamos solas, anda, siéntate en la mesita a hacer los deberes.

- ¿No puedo salir al parque a jugar un rato?

- Ya sabes que no, que si te ve la chismosa de la vecina seguro que le va con el cuento a la señora.

- Vale mami linda, no te preocupes que no me muevo del cuarto.

Mientras Edelvina se dedica a las tareas de limpieza la niña hace las tareas escolares que le han mandado en el centro de inmigración. Su mami y la monja le dicen que sacar el graduado escolar es muy importante si quiere quedarse en España con su mami, así que ella no las va a defraudar. El señor profesor tiene mucha paciencia con ella y le felicita cuando hace bien los deberes y responde a sus preguntas, y eso le ánima mucho.

A la hora de la comida comparten la ración que le corresponde a su madre. Pero para las dos es suficiente. Al principio, recién llegada Helen de Ecuador, su madre hacía raciones más grandes, pero la harpía de la señora se dio cuenta de que el aceite, la sal, la leche y los huevos se agotaban más rápido de lo normal y un día le insinuó a Edelvina que si había empezado a sisar, así que desde entonces es muy cuidadosa en no cocinar más de lo correspondiente a una persona. ¿Cómo se habría dado cuenta? ¡Con la cantidad de cosas que había en esa casa! Si en esa alacena había más comida que en todo su aldea.

A primera hora de la tarde, sin que los señores hayan regresado aún

de sus trabajos, Helen le da un beso a su mami antes de salir hacia el centro.

- Ten mucho cuidado y se muy buena mi hijita. Haz todo lo que te indique la monjita y el señor profesor.

- Si mami.

Y ya cuando está con la mano en el picaporte de la puerta dispuesta ya para marchar, la madre le advierte:

- Recuerda que esta noche, antes de subir a la casa, debes esperar a que yo te haga la seña por la ventana diciéndote que los señores ya están dormidos

- Pero hace mucho frio Mami, ¿no puedo subir mientras los señores ven la tele?

- No mi hijita, ya sabes que creo que el señor sospecha algo. Hace unas semanas me parece que te oyó, y desde entonces husmea por la cocina y la zona de servicio como un perro en celo. Ya sabes que si te descubren las dos nos tendremos que volver al pueblo. Y que tu papi y tus hermanos dependen de lo que les mandamos.

- Vale mami, espero.

Cuando Edelvina decidió traerse a su niña no se lo dijo a nadie. Ni siquiera a la monjita del Centro de Inmigración que tanto les ayuda. Sabía que la señora no aceptaría a su niñita y que en ninguna casa la iban a coger si eran dos. Pero ella no podía estar más tiempo sin su angelito. Sin los muchachos era otra cosa. Ellos allá tendrán más oportunidades. Además, que ellos se quedaran con el padre estaba bien. Así le hacían compañía.

Al poco tiempo de llegar Helen pasó un susto de muerte. Aquella noche sí que se arrepintió de haberse traído a la nena. A mitad de la noche la niña enfermó con mucha calentura y tuvo que esperar hasta al día siguiente para poder sacar al angelito del cuarto. Ahí sí que no le quedó más remedio que llevarla al centro y decírselo a la monjita, porque era la única forma de que el médico voluntario viera a la nena.

Entonces la señora Trini sí que la regaño duro. Que como se le ocurría, que una niñita no podía vivir encerrada de esa manera, que no era bueno para su salud y, que además, podían pasar mil desgracias. Pero en seguida pensó en que es lo que se podía hacer. La monjita incluyo a Helen en el censo de inmigrantes del ayuntamiento con la dirección del Centro, para que así tuviera derecho a la atención

sanitaria, y convenció a Edelvina para que la niña se apuntara a las clases gratuitas de preparación al graduado. Decía que si no la niñita no se podría quedar en España cuando fuera mayor.

Ahora todo iba bien. Desde que empezó a comer todos los días la niña ya no se enfermaba y en la clase el profesor estaba muy contento con ella. Decía que era una de las mejores estudiantes. Y para Edelvina, sentir esos abrazos que su hijita le daba cada día cuando abría el armario al quedarse sola en la casa era la alegría más grande del mundo.

Un día lluvioso de otoño al Fiscal Jefe de los juzgados locales de Majadazuelo del Monte le sorprende la petición del teniente del puesto de la Guardia Civil para que ayude con la identificación de un cadáver. Él no tiene porqué participar en esas tareas. Le explican que se trata de una inmigrante fallecida en un atropello, y que en la documentación de la finada figura como residencia la dirección del señor fiscal. Se encamina con paso decidido al depósito municipal de cadáveres que está en los sótanos del mismo edificio, y allí, sin lugar a ninguna duda, reconoce el cadáver como el de la interna de su casa. Solicita los efectos personales de la víctima e inmediatamente le traen el típico sobre marrón que se usa para estos casos y que el fiscal jefe tan bien conoce. Intentando disimular sus nervios abre el sobre y deja caer sobre la mesa las escasas posesiones de la muerta. Una cartera vieja, un anillo barato, una foto ajada de una familia andina. Y entre las pertenencias no le lleva mucho tiempo localizar el llavero. Junto con la del portal y la puerta de su casa está la llave del cuarto del servicio y la de un candado. Mientras disimuladamente se guarda el manojo en el bolsillo de su pantalón se pregunta mentalmente cuanto tiempo necesitará su mujer para contratar una nueva asistenta.

LA ESQUELA

Para Marta

El café siempre se le quedaba frío. Se enfrascaba en la lectura de los periódicos del día y se le olvidaba que el motivo por el que se sentaba ante el plato de tostadas, el zumo de naranja, el par de piezas de fruta, y la taza humeante era otro.

Meticuloso hasta la muerte, como lo era para todo, siempre seguía en el mismo orden: Opinión, Nacional, Internacional, Economía, Cultura, y Ciencia. Y para el final se dejaba lo mejor, lo que más le gustaba, las páginas de necrológicas. Por un lado para satisfacer su lado morboso y, por otro, porque nunca dejaban de sorprenderle. Siempre había cosas que le llamaban la atención. Incluso muchas veces tenían detalles tan graciosos que le hacían soltar una sonora carcajada.

A su mujer siempre le desagradó esa manía suya. La encontraba zafia, de mal gusto. Para él era mucho más que un hobby, hasta presumía de ello. En las cenas con amigos o en las reuniones sociales siempre sacaba a relucir sus hallazgos más curiosos, y lo hacía de forma estentórea, para que se enterara todo el mundo.

Un día, harta de este asunto, decidió darle un escarmiento para ver si aprendía de una vez por todas. Para no alarmar ni preocupar a nadie, aviso a familiares, amigos y compañeros de trabajo. Encarecidamente les rogó que guardaran el secreto. Todos estuvieron a la altura, nadie se fue de la lengua, aunque nadie creyó en la efectividad de la medida. En la oficina hasta se montó una porra sobre cuanto duraría la risotada.

El premio quedó vacante. Fue tal la impresión que le produjo ver su nombre impreso en un lugar tan tétrico que, por primera vez en la historia de aquel periódico, tuvieron que publicar la esquela de la misma persona dos días consecutivos. El segundo día algún despistado aún pensó que seguía la coña…

ENTIERRO EN LA ERMITA

Á Luis

Mientras conducía no podía quitárselo de la cabeza. Se sentía tan impotente y tan frustrado. A esto había que añadirle la tristeza infinita, el agotamiento y el vacío que llenaban todo su ser. Cuando su hermana le llamó para darle la noticia enseguida tuvo un presentimiento desagradable, pero no fue capaz de imaginarse algo así. Con el tiempo se había olvidado de lo desesperante que su hermano mayor podía llegar a ser. Lo que más le molesto fue que planteara toda la discusión delante del empleado de la funeraria. Que poca vergüenza, sabía que a él no le gustaban los numeritos si había extraños presentes, y menos si se trataba de asuntos familiares. Durante la bronca, la cosa se puso tan al rojo vivo que saltaban literalmente chispas, así que, para evitar que sucediera algo irreparable no le quedó más remedio que dar su brazo a torcer y aceptar que la enterraran en vez de que la incinerasen.

Encima, cuando su hermano se vio ganador se recreó en la suerte. Que si la misa con monaguillo y organista, que si el ataúd más caro, que si la tumba en la ermita en vez de en el cementerio. Que así estaría rodeada de pinos decía. Como si una vez muerta se fuese a enterar de algo. Él hubiese preferido que la incinerasen. Más barato, más práctico y menos problemas en el futuro. Y hubieran podido haber esparcido los restos en la misma montaña de la ermita, y así sí que hubiera estado en verdadero contacto con la naturaleza. No hubo forma de convencerle. Que si no tenía sentimientos, que qué pensarían los familiares que aún vivían en el pueblo, que cuando padre murió ella escogió un entierro tradicional. ¡Qué sabría él que llevaba años sin visitarla! Lo que en realidad quería su hermano mayor era hacer una demonstración de poderío. Al conseguir que le permitieran realizar el sepelio en ese monumento histórico podía presumir de los contactos tan importantes que tenía tanto en la Junta como en el arzobispado y ya de paso convertir el entierro de su propia madre en un acto promocional de sus negocios.

Su hermana, para no molestar ni a uno ni a otro, se había mantenido callada durante toda la trifulca, aunque ella bien que estaba presente cuando en los últimos tiempos, durante los aperitivos dominicales, su madre había ido poco a poco cambiando de opinión, mostrándose cada vez más favorable a la cremación. Pero en el pecado llevaba la penitencia, luego iba a ser ella la que se iba a tener que encargar del mantenimiento de la tumba y de limpiar y llevar flores en las vísperas

de difuntos. Su hermano seguro que no volvía a aparecer por el pueblo ni en pintura.

Tuvo que poner la cadena emisora de música clásica para tranquilizarse un poco y poder concentrarse en la conducción. Cuando el locutor anunció que iban a dedicar las próximas dos horas a emitir los mejores réquiems de la historia le pareció que alguien le estaba jugando una broma macabra y a punto estuvo de cambiar de cadena. No lo hizo, y así no escucho el informativo del mediodía. Hasta que no llego a la capital no se enteró de que un terrible incendio había devastado todos los montes de la comarca. Los expertos en arte románico se quejaban amargamente de que un monumento de tan alto valor histórico artístico hubiese quedado reducido a cenizas.

LA PERSONA INDICADA

Á Javichu

Lo que estaba claro es que era imperioso cambiar de zona de operaciones. Las grandes ciudades eran ya tierra quemada donde empezaban a ser muy conocidos. No podían arriesgarse a que en medio de una operación se presentase alguna persona con la que ya hubieran trabajado y les destapase el pastel. De ninguna manera quería acabar con sus huesos en una cárcel china, sin forma de comunicarse, sin ningún conocido que le pudiera echar una mano. El timo que habían desarrollado funcionaba como un reloj. Lo habían pulido a lo largo de los años y les daba unos beneficios espectaculares. Por eso habían pensado en centrase en las ciudades pequeñas y medianas. Había tantas que era imposible que se les acabaran. Un par de años más y podría retirarse a vivir a esa islita de Filipinas que tanto le gustaba.

Pero claro, eso significaba adentrarse en la China profunda y auténtica. Sitios donde no se habla ni una palabra de inglés, donde los hoteles tienen una calidad dudosa, donde solo hay restaurantes de comida china, y lo que más le preocupada, done el sistema de taxis y de transporte público está lejos del nivel de servicio de los de las grandes capitales.

Sabía que después de unos pocos viajes ya se desenvolvería mejor, pero este era el primero y aún notaba un cierto cosquilleo en el estómago pensando que se le podía haber escapado algún detalle.

Se encaminó hacia la puerta de salida del aeropuerto y al acercarse, los cristales opacos se deslizaron automáticamente abriéndole el camino hacía el mundo exterior. Había muchísima gente esperando, la mayoría con nombres escritos en pequeños carteles. Le llamo la atención uno de los letreros en el que ponía “JOSE GARCIA”. El portador del cartel llevaba una camisa floreada que era un auténtico atentado contra el buen gusto. “Qué curioso”, pensó, “venir hasta el culo del mundo para encontrarte con un compatriota”. El caso es que

no recordaba a ningún otro occidental en el vuelo. Posiblemente hubiera perdido el avión.

En cuanto pasó la capa de familiares, amigos, y choferes oficiales que estaban esperando a alguien en concreto, una nube de personas se abalanzó sobre él diciendo una y otra vez “Taxi sir”, “Taxi sir”, “Taxi sir”. Ignorándolos salió al exterior en busca de la parada oficial de taxis. Ya en la calle notó la humedad unida a la alta temperatura. Buscó la parada y nada, no había nada. La multitud de supuestos taxistas le seguía inasequible al desaliento, “Taxi sir”, “Taxi sir”, “Taxi sir”. Empezó a preocuparse, a sudar. Se maldijo a sí mismo por no pedirle a su socio que fuera a buscarle al aeropuerto, ahora no se vería envuelto en esta situación tan desagradable. Estaba en clara desventaja, sus perseguidores conocían perfectamente la situación. Para ellos era algo habitual. Ya le veían como fruta madura, así que redoblaban su acoso, “Taxi sir”, “Taxi sir”, “Taxi sir”. La preocupación empezó a dar lugar a la desesperación. El calor era agobiante. Había que encontrar una solución.

Volvió sobre sus pasos y se encamino de nuevo hacia el terminal. En cuanto entró, enseguida vio lo que andaba buscando. Afortunadamente aún seguía allí, esa camisa amarilla era reconocible a kilómetros de distancia. Se acercó por su espalda y le toco ligeramente en el hombro. Cuando el propietario del estampado floreado se volvió a mirarle, lo único que tuvo que hacer fue esbozar una gran sonrisa. El hombre le devolvió otra igual de enorme, le cogió el maletín, y sin decir nada se encaminó hacia la salida. No hacían falta palabras. Él se limitó a seguirle. En el estacionamiento tuvieron que zigzaguear un poco entre las filas de los coches aparcados, pero enseguida llegaron a un vehículo de alta gama con todos los detalles que gustaban tanto a los nuevos ricos para demostrar su poderío: cristales tintados, pintura metalizada, ruedas de aleación, asientos de cuero. El chofer le abrió la puerta trasera con un gesto amable, casi servil, y usando la mímica le indicó el interior del vehículo.

Una vez en camino se sentía ya más tranquilo. La cosa era fácil. El

chofer le dejaría en la puerta del hotel donde el tal José García tuviese reservada la habitación. Él no tenía más que entrar, esperar a que el chofer se fuera, y entonces salir tranquilamente en busca de un hostal que se ajustara a su presupuesto. Lo importante era llegar al centro de la ciudad.

Cuando finalmente llegó al destino había toda una comitiva esperándole. Varios chinos en fila le sonreían hasta la extenuación. Fue dando la mano uno a uno y, después de cada saludo, la persona correspondiente procedía a entregarle su tarjeta de visita, sujetándola ceremoniosamente con ambas manos. Terminado el trámite protocolario, el que se encontraba en el primer lugar de la fila le señaló la puerta del hotel. Se encaminó hacia allá con toda el séquito pisándole los talones, y, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, le llevaron hasta un salón abarrotado de público con un escenario al fondo. Según entró todas las cabezas se volvieron hacía él. Le hicieron sentarse en primera fila y el jefe de la comitiva se subió al escenario donde había un atril. Dio de forma muy vehemente un pequeño discurso en chino del que solo entendió dos cosas, “José García” y “Solar Energy”. Después de cinco minutos de una oratoria encendida, el jefe terminó su intervención y todo el público rompió a aplaudir de manera entusiasta. Sin que hubiera lugar a ninguna duda, le indicó que subiera a la tarima.

Con paso decidido se encaminó a la escalera lateral que daba acceso al escenario y se plantó detrás del micrófono. El silencio en la sala se podía cortar con un cuchillo. Se dirigió al atril y al levantar la vista se encontró con más de quinientos pares de ojos fijos en él. A modo de saludo esbozó una sonrisa que fue más mueca que otra cosa.

Dudó un par de segundos, pero en cuanto empezó a hablar las palabras comenzaron a salir de su boca en cascada. Según iba avanzando en su alocución se iba sintiendo más cómodo en el papel, gustándose a sí mismo, recreándose en la suerte. Notaba cómo el público estaba pendiente de él y eso le generaba adrenalina. Hasta el mismo se llegó a creer que la colaboración de esos inversores chinos

con su empresa tecnológica especializada en energía solar les iba a reportar a todos unas ganancias incalculables.

Cuando terminó el discurso una cerrada ovación atronó el auditorio. No tenía muy claro lo que había dicho, pero se sentía dichoso, feliz. En cuanto se bajó del estrado la mayor parte de la audiencia se arremolinó en torno suyo. Todos le sonreían, le daban la mano y su tarjeta. Le decían algo incompresible en chino que imaginaba que era la enhorabuena, su nombre, o el nombre de la empresa a la que representaban. Pero había algo que no encajaba, con el rabillo del ojo tenía la impresión de que había algo fuera de lugar. Sí, había otro occidental al final, a la izquierda de toda la melé de orientales.

Según estrechaba manos la gente se iba retirando y la densidad de personas a su alrededor se iba poco a poco haciendo menor. Aunque a él le gustaba saludar a todo el mundo mirándoles a los ojos, intentaba estar atento para ver qué es lo que hacía el otro europeo. No quería que en el último momento hubiera ninguna sorpresa desagradable. Cuando ya quedaba poca gente y no podía obviar por más tiempo la presencia del otro se decidió a coger el toro por los cuernos y se volvió de forma que quedaron cara a cara. El otro le sonrió, le tendió la mano, y mientras se la estrechaba, muy amablemente le dijo:

- Desde un principio supe que usted era la persona indicada para esta presentación. Muchas gracias por conseguirnos todos estos inversores. Espero que no le importe volver al aeropuerto por sus propios medios.

ORGULLO DE JUGUETE

Á Jorge

Cuando oyó la puerta de la verja del jardín abrirse mi hermano Jorge salió disparado como una flecha. Sabía perfectamente quien acabada de llegar, le llevaba esperando desde el mismo instante en que partió saliendo desde esa misma puerta. Y sabía perfectamente que mi padre, como no podría ser de otra forma cumpliría su promesa, la promesa que le hizo al salir precisamente desde esa misma puerta mientras el taxi le esperaba al otro lado de la verja para llevarle una vez más lejos, muy lejos, y durante muchos días. Mi padre, que también se acordaba perfectamente, al verlo venir corriendo como un miura recién salido de chiqueros, adelanto la bolsa de aquella tienda de Goteburgo, como el torero adelanta el capote antes de dar una buena verónica. Acuciado por la impaciencia y por los días de espera rasgo la bolsa y el papel de regalo y rompió el cartón sacando de la caja ese casco de motorista tan esperado. Ese casco que días antes le había pedido. Un casco auténtico de motorista, pero uno de verdad, uno como el de Ángel Nieto, nada de uno de juguete. Cuando lo tuvo en la mano le entraron las dudas, Estaba muy bien hecho, pero ¿era realmente de verdad? ¿O era de juguete? Si realmente era de verdad, ¿cómo es que tenía el tamaño apropiado para un niño? Tenía que probarlo en seguida. Así que se lo puso y sin decir nada a nadie salió corriendo hacia el árbol más alto del jardín y trepó hasta la rama más alta. Y según llegó allí, sin esperar a nada ni a nadie, y mientras mi padre le miraba con curiosidad, mi madre con espanto, y mi abuela con asombro, se tiró. Se tiró de cabeza apuntando con el centro del casco a los pies del árbol, al pleno suelo. Y el casco se rompió, claro, y Jorge se lo tiró a mi padre a los pies, enfadado y defraudado. Sin ser consciente de la suerte que había tenido de no romperse la cabeza. O tal vez sí. Tal vez siendo consciente de que tenía la cabeza dura como una piedra y que en realidad no necesitaba casco. Pero él sabía que si lo necesitaba. Necesitaba un casco de motorista de verdad como un primer paso para un día tener una moto de verdad y ser él mismo un motorista de verdad. Y claro, si en el primer paso Papa había fallado, si en el primer paso Papa la había defraudado, ¿Qué sería en los siguientes? Si en el primer paso el casco había sido de juguete, y no duro y bueno cómo el de Angel Nieto, cuando pidiese la moto de verdad, ¿Qué sería entonces? Ni tan siquiera sería una moto de juguete, una moto de plástico. Serían risas y humillaciones. O por lo menos eso esperaba él, porque recibir una moto de juguete sería una humillación mucho mayor aún que la que podría recibir de palabra. Por

mucho que las palabras pudiera ser hirientes. Y todo eso, encima, delante de su abuela, delante de su abuela lejana, su abuela de Burgos, esa señora tan recia y seca, tan seria y estirada. No como la abuela de Madrid, tan cercana, tan cariñosa, con lo que podía hacer cualquier cosa sin que se enfadara. Y allí estaba la abuela. Seria y circunspecta. Y Papá riéndose de las ocurrencias de Jorge, y Mamá espantada de las ocurrencias de Jorge. Y el con su orgullo herido, con su virilidad herida. Su virilidad y su orgullo de machito de ocho años. Que es la virilidad más orgullosa, ya que aún es una virilidad virgen. Y esas risas y esas bromas de su propio padre eran la forma más insoportable de humillación, la forma más insufrible en la que esa virilidad podía haber sido mancillada por primera vez, ya que era una afrenta a la que no se podía enfrentar, a la que no podía replicar. Si las risas a su costa se hubiesen producido en el patio del colegio, él, al menos, se podría haber enfrentado a puñetazos a los que osaran meterse con él y no valorar suficientemente su hombría. A puñetazos, nunca a patadas o mordiscos que eso no era de auténticos hombres, eso era de cobardes. Aunque tuvieran más años que él, aunque fuesen de los cursos de Luis o de Edu. Él enseñaría que de él no se reía nadie. Si, seguro que el terminaría con moratones y la nariz sangrando, pero él les enseñaría que si quieres reírte de alguien tienes que pagar el precio que eso conlleva. No un precio en dinero, claro. Un precio en golpes. Y luego tienes que explicar a tu madre porque vienes con los ojos morados y la ropa rota. Y entonces reconocer que quien te ha pegado es un niño dos años menor. Y ni siquiera el hecho de que ese niño dos años menor sea el mismísimo diablo de Jorge Quintana evita pasar la vergüenza de que te ha pegado un niño dos años menor. Y entonces aprenden a no volver a reírse de él. Pero a su Padre, a su propio Padre, a ese no le podía pegar, a ese no le podía levantar la mano. Primero por el inmenso y profundo respeto que le tenía. Primero porque aún que él aún no lo sabía, eso era algo que aprendería muchos años más tarde, por el inmenso y profundo amor profundo que le tenía. Y primero, y este primero en primer lugar, porque sabía que en cuanto osara levantar la mano a su propio padre entonces enseguida vendría una bofetada de las que hacen época, de las que te hacen volar sin necesidad de ser un superhéroe, sin esperar ni importar si tienes puesto un casco de verdad o un casco de juguete. Pero claro, si cuando pedía un casco de verdad le traían un casco de juguete, entonces la moto de verdad no vendría nunca, por muchas narices que partiera en el patio del colegio a los compañeros de Luis o de Edu. Y por eso, lo único que podía hacer era tirar ese casco de plástico, ese casco ya roto que ni tan siquiera había aguantado un

golpe tan básico como el de caer de la rama más alta del árbol más alto del jardín. Tirárselo los pies de su padre con aires de machito ofendido y aguantar orgullosamente las risas de su padre mientras él se marchaba andando con los aires más dignos que le podía imprimir a sus andares de machito ofendido, sin mirar atrás. Ofendido, muy ofendido. Sabiendo que un día tendría una moto de verdad, con un casco de verdad, como el de Ángel Nieto.

UN APURADO DEFINITIVO

Siempre me ha impuesto mirarme al espejo. Supongo que es como enfrentarme a la realidad de quien realmente soy. Creo que hay que tener mucha seguridad en uno mismo o mucha inconsciencia para que esto no te afecte, y yo carezco de ambas cosas. Si a esto le añadimos una navaja extremadamente afilada recorriendo mi cuello, no exagero al decir que los sentimientos que me recorren a diario son realmente estremecedores.

Desde no hace mucho, cuando conecté el ordenador al equipo de sonido para así poder disfrutar en toda la casa de la ingente cantidad de discos que tengo digitalizados, me pongo música para darme ánimos y poder enfrentarme a estos momentos. Por supuesto Beethoven. Así que lo primero que hago antes de empezar es acercarme al teclado y seleccionar la lista de reproducción que me he creado del sordo genial. Tengo todo almacenado: sonatas, cuartetos de cuerda, conciertos y, claro está, las nueve sinfonías. El modo aleatorio hace que nunca me canse de escucharle.

Mientras me dirijo al lavabo llegan hasta mí las primeras notas del adagio de la Sonata a Kreutzer. Esta obra siempre me ha parecido especialmente emotiva, yo creo que debido al contrapunto entre la melodía armoniosa y cristalina del violín y la firme sonoridad del piano. Mientras el primero de ellos empieza a ejecutar lentamente la introducción, yo también empiezo lentamente a pasar la cortante cuchilla por mi cara y estoy obligado a mirarme con atención en la pulida superficie del espejo.

El piano entra en acción y en ese momento le veo con claridad. Veo su cara iracunda y mal afeitada. Veo su boca moviéndose, escupiendo insultos zafios y soeces, frases tan brutales que aún hoy en día me duelen. Afortunadamente no las oigo, tan solo veo como las vomita soltando espumarajos por esa boca desagradable rodeada de pelos que parecen cerdas.

La armonía empieza a decrecer acercándose a su motivo principal, pero mientras lo hace va ganando en brío y energía. Yo ya he terminado con la cara y empiezo a pasar el filo de la navaja por mi cuello. Puedo notar los latidos de mi corazón a través de la hoja plateada y del mango nacarado. A pesar del frio metálico que me recorre al sentir el contacto sobre mí piel, no puedo evitar hacerlo todo lo despacio que puedo, intentando prolongar la sensación de tristeza y terror todo lo que soy capaz.

La fuerza que la música va ganando parece aumentar su cólera. Mientras no deja de gritarme se desabrocha lentamente el cinturón, da un par de vueltas de su extremo de cuero sobre su puño derecho y empieza a balancear la hebilla de forma amenazadora.

Cuando comienzo a sentir el tacto del metal recorrer mi nuez, el piano ataca con furia el motivo principal en La menor, y noto, como si fuera hoy, los golpes metálicos de la hebilla sobre mi fina piel de niño. Golpes que caen de forma aleatoria sobre mi pecho, sobre mis hombros, sobre mis brazos, nunca sobre mi cara. Y en ese momento noto como el sabor salado de unas lágrimas penetran por las comisuras de mis labios tras haberse deslizado por unas mejillas ya pulcramente rasuradas.

Cuando todos los instrumentos atacan la angustiosa coda final creo que hoy si, que hoy no va a saber detenerse a tiempo y me va a matar, y mientras tanto soy incapaz de separar la cuchilla de mi cuello, saboreando el gusto de mis lágrimas, paladeando la angustia brutal.

Coloco el filo de la navaja sobre la yugular. Noto por mis latidos que está ahí, que ese es el sitio. Me miro a mi mismo, a mis ojos llorosos y empiezo a ejercer presión. Noto como la vena se va hinchando, noto como mi alma se llena de desesperación y soy plenamente consciente de que con un ligero y lento movimiento puedo poner fin inmediato a esta tristeza absoluta.

Sin saber de dónde, llegan hasta mis odios de forma clara los dos primeros acordes rotundos en Mi menor del primer movimiento de “La Heroica” tocados a la perfección de una manera absolutamente sincronizada por la Sinfónica de Berlín dirigidos magistralmente por Karajan.

ASIENTO RESERVADO

La parada estaba abarrotada. A esa hora y en esa estación siempre pasaba lo mismo, encima el autobús estaba tardando una eternidad en llegar y hacía un calor insoportable. Más tarde no le contaría nada a su nieta cuando la llamará por teléfono a última hora de la tarde. Si no empezaría otra vez a darle la tabarra de porque iba hasta ese supermercado a hacer la compra, que se podía permitir el lujo de comprar en el hiper moderno que tenía al lado de casa. O que le dijera que necesitaba y ya se encargaría ella de comprárselo por internet y hacer que se lo llevaran a su domicilio. Ella no entendía que desde que falleció su querido Elías la pensión de viudedad no le daba para muchos dispendios y más le valía ahorrar para el mañana. No sabía cuánto tiempo le quedaba por delante. Y eso de que su sobrina le hiciera la compra usando el ordenador desde Pekín, nada de nada. Seguro que era muy cómodo, pero el género hay que verlo. A saber que pescado te iban a dar si una no estaba atenta a lo que seleccionaba el encargado. Con eso de internet, gato por liebre, seguro. Su sobrina sería muy lista en eso de los seguros internacionales, pero en lo de seleccionar una buena carne para el estofado y que fuera barata, de eso nada de nada. Si no sabía ni hacerse una tortilla francesa.

Además, que el autobús viniera abarrotado tampoco le preocupaba tanto. Siempre había alguna persona educada que le cedía el asiento. Si normalmente hasta había algún buen samaritano que le ayudaba a subir y a bajar el carrito de la compra.

Aunque tenía que reconocer que hoy la cosa no iba por buen camino. El banco que había a la sombra de la marquesina estaba ocupado por unos jovenzuelos y, cuando ella se había puesto de píe a su lado, la habían ignorado completamente. ¡Estas nuevas generaciones! Bueno, seguro que en el bus había alguien con unos modales a la vieja usanza. Pero ya llevaba sus buenos veinte minutos allí de pie y estaba sudando la gota gorda. Con ese traje de luto y esa solanera no había quien aguantara.

Por fin, a lo lejos, apareció el 651. Venía más renqueante que gallardo. Casi parecía que se arrastraba en vez de usar las ruedas. En su parte trasera venía echando un humo negro que indicaba que el estado de salud del vehículo no era lo más óptimo posible, y según se acercaba un ruido cada vez más ensordecer confirmaba las impresiones visuales. Mientras aguantará las 8 paradas que había hasta su casa a ella le valía.

Cuando se detuvo emitió una serie de chirridos y estridencias que recordaban a la agonía de un enfermo sufriente. En seguida vio que, tal y como se temía, los pasajeros venían como latas en sardina. El conductor abrió la puerta delantera que emitió un gemido lastimero. Nadie se bajó. Los que iban de pie, apretados en la parte delantera, miraron a los que estaban esperando con cara de malas pulgas, como intentando desanimarles a que se subieran a ese espacio superpoblado.

Por supuesto, nadie desistió. Después de esa espera interminable al sol nadie iba a renunciar a subirse.

Cuando le llegó el turno de tuvo que cargar ella solita con el carrito. Lo elevaba tirando desde el asa y lo iba subiendo escalón a escalón. Cada uno de ellos le costaba un esfuerzo sobrehumano. Hoy la sección de conservas estaba de ofertas y no había perdido la oportunidad de proveerse de latas de todo tipo.

Al llegar arriba saludo al chofer y le enseño su carnet de jubilada que le permitía viajar gratis. Le llamaban carnet de la edad dorada. Una mierda. Carnet de viejos, eso es lo que era. Le dio la sensación de que el empleado de la línea de autobuses le lanzaba una miraba de pena. A saber. Tal vez era tan solo que ella estaba especialmente sensible.

Echó una ojeada a su alrededor para ver quién podía ser esa alma buena que se apiadará de ella, pero nadie se inmutó. Todo el mundo evitó su mirada aparentando que estaban ocupados haciendo otras cosas: ojeando un libro, comprobando el móvil o echando un vistazo por la ventanilla. Los muy cobardes no se atrevían a enfrentarse a la mirada pidiendo auxilio de una vieja.

Que no le hubiera cedido el asiento en el banco de la estación lo entendía, pues no eran más que unos jovencitos maleducados. Pero aquí que había todo tipo de gente. Si un par de filas más allá había un señor en la cuarentena, vestido de chaqueta y corbata, que se notaba que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por hacer como que no la había visto.

Sacando fuerzas de flaqueza, arrastrando el carrito entre la gente, se acercó a los asientos reservados. Allí por fuerza le tendrían que ceder uno. Pero cuando llegó resulta que algún desaprensivo había arrancado la pegatina indicadora de asiento preferente para ancianos, minusválidos y embarazadas.

Así que allí se quedó. De pie. Erguida. Agarrada a la barra con una mano y con la otra cogiendo el carro. Con la mirada alta y fija al frente.

Sin dignarse a mirar a ninguno de esos desaprensivos.

Nadie se movió. Ni siquiera el autobús. Pasados unos momentos que parecieron eternos el chofer se levantó y dirigiéndose a ella le dijo, “Señora, hágame usted el favor de sentarse en mi sitio.” Y así lo hizo. El resto ni inmutarse. El conductor, rechoncho y barrigudo, con su olor a sardinas recalentadas, de pie a su lado. Y la totalidad de los pasajeros imperturbables.

El tiempo iba pasando despacio bajo aquel sol del demonio. Ella le agradecía profundamente el detalle a aquel empleado de autobús de línea periférica, pero lo que más sentía es que ese solomillo de oferta que había comprado para el estofado con patatas y guisantes que pensaba cocinar el fin de semana se iba a echar a perder.

CONDUCCIÓN PLENA

Á Jessica, Susana, Concha, Raquel, Esperanza, Esther, Yolanda, Ofelia, Katy y Ricardo.

Bueno, a ver si lo consigo. Voy a realizar el trayecto a casa prestando la mayor atención posible a la conducción. Tengo que concentrarme, fijarme en los detalles, no distraerme en ningún momento de la tarea que estoy haciendo. Aunque me conozco el camino de memoria y sería capaz de hacerlo con los ojos cerrados, lo que voy a hacer va a ser todo lo contrario, voy a mantener los ojos y los oídos bien abiertos durante todo el trayecto. Voy a demostrarme a mí mismo que soy capaz de realizar este pequeño desafío. No puede ser tan difícil. Meto la llave en su orificio, piso el embrague y aprieto ligeramente el contacto. El motor ronronea de una manera agradable. Esto es una de las cosas que siempre me gusto de este coche. El sonido es agradable y se ha mantenido así con el paso de los años. Ingeniería alemana. Estos sí que saben hacer las cosas, y no como nosotros. NI siquiera los franceses, por mucho que se las den de ser los mejores en todo, o los italianos, por muy simpáticos que sean. Hay a gente a la que le jode reconocer esta realidad. Al mismo Nacho sin ir más lejos. El otro día, en la máquina del café decía que eso no es más que un complejo de inferioridad, que nosotros somos capaces de hacer las cosas tan bien como los teutones si nos lo proponemos. Mira, ahí está precisamente el coche de Nacho, sucio y abollado. Normal, con esas teorías no me extraña. Pero bueno, ya me he ido. Pero como dice la profesora, eso es bueno, ya que he sido capaz de darme cuenta. A ver, ¿qué era lo que tenía que hacer? Ah, sí, me agradezco a mí mismo que he sido capaz de detectar la situación y me concentro de nuevo en la conducción. Subo en segunda la ligera rampa del garaje y salgo a la calle lateral del Parque Empresarial. El sol me da en plana cara y me deslumbra. Menos mal que he ido con precaución y he parado, si no me habría llevado por delante a una señora con un cochecito. ¿Qué narices hará una señora con un bebe en pleno parque empresarial? ¡Es verdad, ya me acuerdo que Eva me comentó el otro día que como un servicio adicional los gestores habían decidido abrir una guardería en las zonas comunes. Estaba realmente entusiasmada con la idea. Así, si algún día se casa con su novio y tienen un hijo le será más fácil quedarse en la empresa y no tener que cambiar de trabajo o dejarlo para cuidar al crío. Eso está bien porque la verdad es que Eva es una tía muy competente y muy currante. Estoy seguro de que un día llegará a ser una gran ingeniera. Pero bueno, lo de casarse, no sé yo, porque la verdad es que su novio es un capullo. Lo trajo a la última

cena de la empresa y menudo soplagaitas. Me dio la impresión de que no la valora, de que ni tan siquiera la quiere, que está con ella solo por diversión. Pobre, con lo que ella lo quiere y lo buena gente que es. Le va a romper el corazón. Pero bueno, ¡ya estoy otra vez! A ver, tengo que concentrarme en prestar atención a los detalles de la conducción. Llevo delante un coche rojo. Nos acercamos a la rotonda. El coche sale de la rotonda sin señalizarse. Menuda novedad. Aquí no se señaliza en las rotondas ni su padre. Ahora ya estoy en la Avenida que me lleva a Alcobendas. Tanto la mediana como las aceras están llenas de plataneros. De esos que las ramas acaban juntándose y en verano, cuando están repletos de hojas crean un toldo natural que es realmente refrescante. Me gustan mucho, los hay también en el paseo del Espolón en Burgos o en la Concesión Francesa en Shanghái. Siempre me he preguntado si será cierta la historia que se cuenta en la familia sobre el Espolón y los abuelos. Dicen que sí, pero vete a saber. A ver, concentración. No tengo que dejarme llevar por la automatización de lo que estoy haciendo. Tengo que fijarme. Para evitar el atasco del acceso a la M-40 voy a coger a la izquierda por la calle del colegio. A esta hora hace rato que ya habrán salido y no estarán las pesadas de las madres que se compran todo terrenos enormes para hacer la compra e ir a buscar a los hijos a la salida de clase. Me parto, con esos cochazos con los que se podría recorrer el Amazonas y no pisan ni siquiera un charco. Me doy perfecta cuenta de la señal de limitación de velocidad a 20, pero soy plenamente consciente de que a estas horas el colegio está ya cerrado. A través de mis sentidos percibo que la calle está completamente vacía, así que acelero. A la derecha queda la escuela, de ladrillo rojo, siguiendo la estética de los años 80. Se ve ya algo gastada. A la izquierda los chalets adosados. Acosados los llamaba Julio. Toda la acera llena de coches aparcados. Como hoy en día todo el mundo tiene que tener dos o tres coches y los garajes los usan de trasteros, pues eso, a llenar las calles de coches y la ventaja de vivir en una zona residencial en vez de en el centro a tomar por el culo. Sí estaré atento que soy plenamente consciente de que las canastas de baloncesto del patio del colegio están sin red y medio oxidadas. De la ventana de una de las casas sale una música rap a todo volumen. No la soporto. Como a unos 100 metros, entre un Peugeot 205 blanco y un BMW azul metalizado, sale una pelota botando. Es un balón de cuero. Parece reglamentario. Claro, en una zona así, no van a jugar los niños con pelotas baratas de plástico. Tal y como me enseñaron en la autoescuela, detrás de una pelota siempre hay un niño. Y ahí viene. Un niño rubito con media melena y unas bermudas a cuadros. Noto el

golpe con el frontal del coche, oigo como rebota contra el capó y luego como se golpea contra el asfalto. El primero ha sido un ruido metálico, como el golpe de un mazo contra un gong, como si un monje budista estuviera llamando a la oración. El segundo ha sido un golpe sordo, como sin vida. Anoto mentalmente todo para que la profesora no pueda decirme que no me he fijado en todo lo que me rodea. Llego por fin al acceso a la autopista y, compruebo por el retrovisor que efectivamente, si no hubiese cogido el atajo y hubiese tomado la incorporación oficial me hubiese tragado un buen atasco. ¿Ves? Por eso los detalles son importantes. El tráfico es lento pero de momento avanzamos. En un momento dado se me coloca detrás un tipo que se parece a Pablo, pero aunque tiene la misma cara de sieso no es él. Los coches que pasan a mi lado me pitan y gesticulan. Me están pitando tanto y estoy prestando tanta atención que casi puedo averiguar el tipo de coches por el sonido del claxon. Lo que está claro es que los coches baratos emiten pitidos baratos, agudos, estridentes. Los coches caros emitimos bocinazos seguros y autoritarios, como el de un trombón en una ópera de Wagner. El tráfico se ralentiza al llegar a los túneles. Tengo que ir reduciendo. Las marchas entran suaves, con el grado de concentración que llevo puedo ir sintiendo activarse los distintos engranajes del motor. Llega un momento, a la entrada del túnel largo que nos paramos por completo. En el carril de al lado se para un Ford Ka blanco bastante sucio. Asun seguro que se negaba a montarse en ese coche. Por eso no hay que comprarse nunca un coche blanco. Me pitan con insistencia y la señora que hay en el asiento del copiloto me hace aspavientos y gesticula de forma bastante enfática. No sé cómo se atreve a llamarme la atención con su coche en ese estado. Tienen el parte delantera derecha abollada. Seguro que ha sido ella con una columna aparcando en un garaje. Como haya sido el marido no me quiero imaginar la que le ha debido caer al pobre. Lleva una chaqueta azul metalizado y un peinado pasado de moda. Lo que es peor, se le ven perfectamente las raíces. Lógico, por la forma en que se dirige a mí se nota que es una ordinaria. En cuanto el tráfico se hace más fluido acelero para dejarles atrás. Llego por fin al desvió de la A-6 que tengo que tomar para legar a mí casa. Por primera vez me doy cuenta de que el letrero está escrito en gallego. Me quedo pasmado. No entiendo por qué tiene que estar escrito en un idioma que no es oficial en Madrid. En Galicia vale, pero aquí, ¿qué necesidad hay? Y eso que gobiernan los conservadores. Luego se quejan del trato que se le da al castellano en las autonomías. Si ellos son los peores de todos. Así no hay forma de saber a quién votar. Pero ya estoy divagando otra vez. Me agradezco a mí mismo el darme cuenta

mientras tomo la salida 17A. Nuevo parón. Miro por el retrovisor y veo al marrano del coche de detrás haciendo prospecciones petrolíferas. Será guarro. Espera, que encima va y se lo come. ¡No te digo! Luego es capaz de besar a su mujer cuando llegue a casa. Pobrecilla. Pero ya estoy volviendo a dejar que la mente de mono se apoderé de mi cerebro. Me doy de nuevo las gracias a mí mismo y vuelvo a prestar atención consciente de lo que me rodea. Que educado me estoy volviendo. Pero bueno, se supone que así evito ser demasiado duro conmigo mismo. Por fin llego a la Avenida de España. Giro a la izquierda en la rotonda por Doctor Calero y veo que en el gimnasio han puesto carteles informando de rebajas en la matrícula. A ver si me acerco, que con la vida sedentaria que llevo estoy empezando a echar barriguita. En la tienda de móviles han llenado el escaparate con tablets y teléfonos chinos. Con lo del 5G no deben estar vendiendo ni uno. Asun me está dando la tabarra con que nos cambiemos a Apple. Mira que le he dicho cientos de veces que todos están fabricados en Cantón y que no voy a pagar cinco veces más tan solo por el diseño, pero ella, como quien oye llover. A la entrada de la urbanización noto perfectamente como un gorrión me caga en el parabrisas. Mi grado de concentración es tal que percibo con todo lujo de detalles como la mierda golpea en el cristal y se desparrama hacía arriba impulsada por el rebufo del viento, de color gris sucio en el punto de impacto y volviéndose blanco guarro a medida que se aleja. Pedazo de cagada, se ha debido quedar a gusto el jodido gorrión. Llego a casa y meto el coche en el garaje. El portón hace un ruido espantoso, como si fuera a quedarse parado a mitad de apertura. Al salir del coche echo un vistazo al capot. Percibo con claridad el aspecto lamentable que tiene, lleno de restos biológicos. Entre la mierda de pájaro y mezcla de cabellos, masa encefálica y sangre está hecho un asco. Cuando abro la puerta de la vivienda enseguida noto el silencio. Mi mujer no ha llegado todavía. Qué bueno, así voy a poder dedicarme algo de tiempo a mí mismo. Abrirme una cerveza y jugar un rato a la Play, que cuando ella está en casa no me deja. O bueno, casi mejor me voy a acercar a darle un buen lavado al coche, que ya le va haciendo falta. Tenía razón la profesora del curso de hoy. Es bueno prestar atención a los detalles.

EL GATO MEÓN DE LA CASA DE LA EMBAJADA

Á I

Cuando voy subiendo por las escaleras mecánicas de la estación de metro de la línea exprés que une el centro de la ciudad con el aeropuerto ya me voy sintiendo como en casa. Sé que cuando llegue

mi hermana me va a tener preparada una cerveza bien fría y la cena lista. Casi puedo olerla desde aquí.

Sin embargo, cuando finalmente estoy en el rellano de su puerta esperando a que me abra, como muy en el fondo, noto un ligero olor de orín rancio de gato impregnado en la tupida moqueta del edificio, como el que se termina quedando en sus areneros y que por mucho que cambies la arena y los laves no termina de desaparecer.

Lo comento durante la cena y mi hermana no le da demasiada importancia. Es posible me dice, pues la vecina tiene uno y lo deja suelto para que se pasee libremente. Pero enseguida cambiamos de conversación y no volveremos sobre ese tema, ya que Javichu suelta la bomba: les ha tocado la lotería y mañana mismo tienen que marcharse para hacer efectivo el boleto. Pero no me tengo que preocupar, el apartamento está pagado para toda la semana, así que me puedo quedar hasta el domingo tal y como estaba planeado.

El sábado salen a primera hora hacia el aeropuerto. Según se marchan en el taxi que pasa a buscarles me dirijo al cuarto de baño a darme un buen duchazo y enseguida ir a los barrios antiguos a pasear entre las viviendas tradicionales. El agua estada templada, casi fría, pero cuando paso por la recepción del edificio no encuentro a nadie al que preguntar el motivo y darle parte de la avería. En la zona de las bicis, cosa extraña, no hay casi ninguna. Tan solo ejemplares oxidados que sus dueños dejaron al salir del país, sin molestarse en vender o ceder a un amigo. Pero la bici que Javichu me presta cada vez que vengo está en el mismo sitio donde la dejé la última vez, candada a la valla del fondo de aparcamiento.

La ciudad está rara, medio vacía. Apenas hay gente por la calle. Posiblemente se deba a que es uno de los días de mayor polución que recuerdo, de esos días en los que la contaminación prácticamente se mastica, dejándote un sabor ocre en la boca.

Al volver al edificio sigue sin haber nadie en conserjería y cuando entro en el apartamento no hay luz. El agua ya no está templada, está fría. Afortunadamente las cervezas que mi hermana me ha dejado en la nevera siguen frías y tengo lo suficiente para prepararme un par de sándwiches mixtos. Las grandes cristaleras del edifico permiten que, a pesar de la nube de contaminación, haya cierta claridad en el ambiente. Me coloco los cascos del móvil para escuchar un poco de música mientras que por los ventanales contemplo la ciudad sumergida en una tonalidad casi fantasmal.

Hoy al despertarme seguía sin haber electricidad y el agua estaba ya heladora. He intentado llamar a recepción, pero nadie ha respondido. He decido bajar en persona para buscar a alguien en los cuartos del personal de servicio, pero la puerta del apartamento estaba bloqueada. La batería del móvil se me ha agotado y empiezo a estar realmente preocupado. El olor a orín de gato comienza a notarse de forma clara.

Al anochecer me quedo adormilado en el sofá. Cuando me despierto, al lado de la puerta de entrada me encuentro un cuenco lleno con pienso para gato. Agua puedo conseguir de los grifos, pero con un sabor metálico repugnante.

Por la noche duermo a intervalos y con pesadillas que me hacen el descanso imposible. Entre dos de esos sueños horribles, o tal vez formando parte de uno de ellos, me parece observar los ojos ámbar de un felino que me mira fijamente. Si me concentro puedo distinguir sus pupilas verticales, negras como el tizón, rodeadas por un iris fluorescente que da la impresión de ser radioactivo.

Por la mañana el olor es mucho más intenso, insoportable, no sé si es meado de gato o polvo de amoniaco que todo lo inunda. En el hall de entrada hay otro bol repleto de pienso. Golpeo la puerta con desesperación hasta que me duelen los puños. Grito angustiado hasta quedarme ronco. Agotado me derrumbo frente al umbral y comienzo a llorar. A llorar por la angustia y por el terror, pero sobre todo por la soledad y el silencio que me rodea en esta ciudad de 30 millones de habitantes.

Cuando me recupero me asomo a los ventanales buscando algún medio de salir o de pedir ayuda. En las calles no se ve ninguna actividad y el color del cielo es de un anaranjado espeluznante. No se ven personas, no se ven vehículos. Ni tan siquiera se observa ningún tipo de pájaro volando alrededor.

Por la noche me encuentro un nuevo recipiente lleno de alimento gatuno. No lo entiendo, he estado alerta todo el día y en ningún momento he oído ningún ruido de abrir a cerrar ninguna puerta. Ni siquiera pasos o crujidos. Al darme la vuelta me encuentro de nuevo con esos ojos nucleares fijos en mí. Y mientras los miro oigo claramente como empieza a miccionar sobre la alfombra. El hedor me inunda los pulmones. Y mientras lo hace no puedo evitar tener la sensación de que esboza una sonrisa. Una sonrisa sarcástica, de superioridad. Y en medio de esa sonrisa dos colmillos afilados que resplandecen con un blanco acrílico. Me da la impresión de que empieza a tensar sus músculos listos para saltar. Puede que sea la

única forma de que terminar con este olor nauseabundo.

FILIPETTO BONITO

Á Edu,

- Filipetto bonito
- Filipetto bonito

Con frecuencia se sienta delante de mí y poniendo voz melosa mientras me hace carantoñas me repite una y otra vez lo bonito que soy. Evidentemente no me hago mucho de rogar y casi de inmediato me pongo a cantar como un loco dando enseguida mis mejores trinos. En cuanto me escucha se le ilumina la cara y empieza a sonreír. Pero por mucho que me esfuerce en intentar alegrarla yo sé que no termino de conseguirlo. Sus ojos siempre están apagados, como cubiertos por un velo de tristeza, dejando ver para aquel que quiera mirar que su alma rezuma amargura.

Y sé que es él quien le provoca esta amargura. La forma en que la trata, la manera en que le grita. Su voz siempre con un tono entre autoritario y despectivo. Sus palabras zafias. Sus desplantes. Nunca un cariño, nunca una alabanza.

Por eso cuando más me gusta cantarle es cuando ella se levanta bien temprano y el sigue durmiendo tan ricamente en la cama. Canto lo más alto que puedo para darle los buenos días, pero también, para fastidiarlo a él en la poca medida en la que yo buenamente puedo.

Muy de madrugada ella sale de su cama y enseguida viene a la cocina. Por muy mal que estén las cosas, por muy desdichada que se sienta, lo primero que hace es ocuparse de mí. Empieza retirando el trapo con el que cubren mi jaula por las noches y con una bayeta me limpia los barrotes. Luego retira la plancha de latón que cubre el fondo de la jaula y la frota en el fregadero con un estropajo para eliminar todas las cagadas que yo he ido dejando a lo largo del día anterior. Por último echa el alpiste al comedero y rellena el bebedero, poniendo siempre unas gotitas de un anti-parásitos para que así yo me conserve sano y mi plumaje amarillo bien brillante.

Solo cuando ha terminado conmigo empieza a ocuparse de él. Le pone la mesa del desayuno, le tuesta el pan y le saca la mantequilla y la

mermelada, su zumo de naranja que no falte y, por supuesto, un café bien cargado recién hecho. Y no es hasta que la mesa está puesta y el desayuno preparado cuando va despertarle. La visión de él por la mañana, sin duchar ni afeitar, con el pelo desmarañado y el aliento oliendo a cloaca es aún más repugnante que de costumbre. Él no da ni los buenos días, se sienta en la mesa de la cocina y deglute los alimentos como un auténtico bárbaro. Por supuesto al terminar las gracias brillan por su ausencia, como mucho suelta un eructo para demostrar que ha quedado satisfecho.

Últimamente las broncas han ido aumentando en intensidad y cada vez pasa menos tiempo entre una y otra. El otro día, cuando quitó el trapo de la jaula para despertarme llevaba el ojo como una berenjena y el labio partido. Yo me esfuerzo más que nunca por alegrarla todo lo que puedo. Procuro no dejar de cantar y usar siempre mi música más animada. Cuando él no está en casa ella se pasa las horas muertas delante de mí, pero ya ni me sonríe ni me hace mohines. Se queda sentada con la mirada perdida y, sin venir a cuento, rompe a llorar.

Creo que el muy desgraciado se da cuenta de que ella me busca y de que yo canto tan solo por y para ella. Cuando pasa cerca de la jaula no pierde ocasión de hacer algún comentario despectivo sobre mí, sobre mi olor, lo molesto que soy o las enfermedades que puedo traer. Y cada vez va dejando caer con mayor frecuencia la idea de que deberían deshacerse de mí. Como revancha intento que mis trinos de madrugada sean lo más agudos posibles, para que le taladren hasta lo más profundo de su cerebro, si es que tiene.

La bronca de ayer noche fue tremenda. El llego tarde y, por su voz, yo diría que borracho. Estaba como un loco y hasta en la cocina retumbaban sus gritos y se oía el ruido de golpes de los cuadros, jarrones y sillas que él iba rompiendo. Al principio ella suplicaba y lloraba, pero a medida que los golpes arreciaban apenas gemía de manera casi inaudible. Justo después de que el emitiera un grito salvaje y se oyera un estruendo tremendo se hizo el silencio más absoluto. A los pocos minutos llegaron gasta mí los pasos de sus botas al marcharse corriendo y un portazo que a punto estuvo de hacer añicos la jamba de la puerta de la calle. A ver si hay suerte y ese desgraciado no vuelve por aquí.

Desde entonces nada. Ella debió quedar en tal estado que no vino ni a cubrir la jaula para que yo pasara la noche. Lo que más me extraña es que hace rato que ya amaneció y la pobre aún no ha venido a que le cante un poco. No quiero hacer ningún ruido para que pueda dormir

todo lo que necesite, pero en cuanto note que se despierta hoy le voy a dedicar mis mejores trinos. Hasta que esa mirada de tristeza se le borre para siempre de la cara.

UN PARTO FELIZ

- Ánimo cariño, lo estás haciendo muy bien.

En ese momento lo odio con toda su alma y lo miró como si fuera deficiente mental. Después de casi diez horas lo último que necesitaba era que le vinieran con tópicos baratos. Ya no podía más, realmente pensaba que no lo iba a conseguir. Si ese capullo se creía que alguna vez en esta vida iba a volver a tener sexo con él, estaba muy equivocado.

Pero eso se había acabado. Por mucho que hubiesen disfrutado en el pasado. Con todo lo bien que se lo habían pasado juntos y, sobretodo, con lo mucho que se habían reído. Se reían por todo, por tonterías, por cualquier cosa que dijeran en la tele, por noticias raras de los periódicos, por cualquier cosa chocante que veían por la calle. A veces se morían de risa con solo mirarse. Y sobre todo con el sexo. Se reían muchísimo con el sexo, sin freno, a pura carcajada y sin pudor. Pero eso se había terminado. Sintiéndolo en el alma esas risas iban a pasar a ser parte del pasado.

- Todos preparados, ya está aquí.

Las palabras del médico la animaron para un último esfuerzo y de pronto sintió un alivio infinito y supo que sí, que por fin ese tormento había terminado.

Pero su relax no llego a durar ni un segundo. Su instinto maternal enseguida la puso en alerta. No se podían contar con dedos de una mano el tiempo que llevaba siendo madre y ya notaba que algo invisible la tenía conectada con su hijo informándole secretamente de todo lo bueno o lo malo que le sucedía.

En realidad no había tal sexto sentido. Lo único que ocurría es que un silencio sepulcral había invadido el paritorio. Todo el personal sanitario se había quedado callado, incluso parecían paralizados. Su marido también se había quedado mudo y su apretón de manos había pasado de ser un gesto de ánimo a un estrujamiento insoportable que le hacía

un daño brutal. Esa ausencia total de sonido la estaba empezando a volverla loca.

Una vez más fue la voz del doctor la que rompió el impasse.

- Enfermera por favor, hágase cargo.

La matrona se colocó el recién nacido en su hombro izquierdo y, justo cuando iba a darle un pequeño golpecito en la base de la espalda el bebé rompió a reír. Pero no era una risa débil, como se podía suponer que saldría de ese pequeño cuerpecillo. Era una carcajada, una señora carcajada. Enérgica, fuerte, resonante, invadiendo todos y cada uno de los rincones del paritorio. Una risa contagiosa que hizo que todos empezaran a troncharse sin hacer nada por poder evitarlo.

EFECTOS DE POSITIVOS DE UN RECUERDO FELIZ

Lo primero que hago hoy al abrir los ojos es girar sobre mí mismo y mirar los dígitos rojos del despertador. Aliviado compruebo que es muy pronto, tan pronto como la hora a la que me despierto todos los días. La diferencia es que hoy el madrugón es deseado mientras que el resto de las mañanas es tan solo fortuito. Temía que estas ganas de levantarme tan temprano ocasionaran precisamente que me quedase dormido. Afortunadamente no ha sido así, ni tan siquiera mis temores han sido capaces de trastocar mis costumbres. La principal diferencia esta mañana es que este tiempo del que dispongo antes de que ella también se despierte me lo voy a dedicar a mí mismo. Porque ella también es pájaro mañanero. Está claro a quien he salido. Y le pasa exactamente lo mismo que a mí, nada más levantarse es cuando más activa está. Enseguida reclama su desayuno y con él sus periódicos. El café ni muy caliente ni templado. La mantequilla que llegue a todos los rincones de la tostada pero sin formar grumos. La mermelada de naranja amarga. La servilleta limpia y sus pastillas en la esquina superior izquierda junto al vaso de agua. A continuación hay que asearla y ventilar y limpiar el cuarto. Poner la radio y la revista de crucigramas, que la tarde anterior me he tenido que asegurar que aún no está terminada. Que yo no sé qué hace con los crucigramas que parece que los devora.

Pero todavía me quedan unos minutos para todo eso empiece y tengo tiempo de sobra para realizar la práctica que me ha aconsejado la terapeuta. Me dice que con que lo practique unos minutos al día enseguida voy a notar un montón de mejoras en mi vida. Así que intento seguir sus instrucciones al píe de la letra. Me siento en la silla que tengo al lado del escritorio con la espalda rígida, las piernas ligeramente separadas y los pies apoyados con firmeza en el suelo. Cierro los parpados con un movimiento suave y realizo tres respiraciones profundas. Si lo hago correctamente seré capaz de reducir el ansia que ella me provoca. Tan solo esa ligera esperanza hace ya que me sienta mejor.

Empiezo a respirar prestando una atención consciente a como lo hago. Tomo el aire por la nariz y lo tengo que llevar hasta mi vientre. Yo pensaba que se respiraba con los pulmones, pero parece ser que de esa forma solo utilizamos un tercio de nuestra capacidad y eso no ayuda a combatir el estrés. Una vez que he aspirado tengo que dejar el aire dentro de mí durante unos instantes, para después exhalarlo en su totalidad, notando su calidez al salir.

La doctora me dice que otros de los beneficios que voy a notar es una mayor paciencia. Desde luego, paciencia es lo que se necesita para aguantarla todos y cada uno de los días. Siempre quejándose, siempre criticándolo todo. Nada de lo que hago está suficientemente bien hecho. Pero haber donde encuentra a otro que la atienda como lo hago yo. Ni pagando. De hecho en el servicio social del ayuntamiento no quieren ni oír hablar de ella. Todas las cuidadoras que mandaron terminaron renunciando. La última no duró ni una mañana.

Mi terapeuta me dice que no debo juzgarla. Que debo apartar las emociones negativas que lo que hacen es que me sienta amenazado y secuestran mí capacidad de razonar. Me dice que durante el ejercicio intente buscar recuerdos positivos de mi vida. Que eso va a aumentar mi tranquilidad y a potenciar en mí una actitud positiva ante la vida. Que recuerde mi niñez, que en la inocencia de la infancia siempre hay una felicidad que nada ni nadie es capaz de evitar. Y eso intento, entre respiración y respiración buceo en mi memoria buscando instantes felices o, por lo menos que me hagan sonreír. Pero por mucho que lo intento en todos lo hechos que acuden a mí mente allí esta ella. Si es en la actuación de fin de curso del colegio, diciéndome que he desafinado. Si en mi primera comunión, que he manchado el traje blanco de marinerito. Aún hoy no sé dónde estaba la mancha, que me volví loco buscándola, según ella porque era de merengue también blanco, pero que cualquiera que no estuviera cegato podía ver el lamparón. Si los reyes por fin me traían la bicicleta, con un par de años de retraso respecto a mis amigos, que con mi sentido del equilibro me iba a romper la crisma, y cuando por fin me caí, regañina por romper los pantalones.

Según la psicóloga no debo juzgarla, pero no entiendo por qué dice eso, si aquí el perpetuo acusado y el eterno condenado sin juicio soy yo. Pero bueno, ahora lo importante es encontrar ese momento feliz en el que pueda concentrarme para sacar fuerzas para poder enfrentarme a ella todos y cada uno de los días. Voy a intentar explorar en esa semana que me mandaron al campamento de verano de la parroquia. Durante siete días sin ella algo bueno debió de pasar. Voy recordando el prado donde estaban las tiendas. Y el arroyo donde nos aseábamos, lavábamos las cosas y rellenábamos las cantimploras, la cara de los otros niños y de los monitores, la fogata que encendíamos por la noche. Y cuando creo que las canciones que cantábamos alrededor del fuego empiezan a venirme a la mente lo que escucho es su berrido salvaje de primera hora de la mañana. Hambrienta demandando su primer bocado. Sin importarle lo que yo pueda estar haciendo o si aún

estoy dormido.

Así que dejo la respiración profunda y abro los ojos de golpe. Según las instrucciones lo debo de hacer de forma pausada para conectarme con la realidad, pero bueno, la médico debe de comprender que las instrucciones también deben de adaptarse a la realidad que nos rodea a cada uno. Así que me levanto y me dirijo a la cocina, sin asomarme a su cuarto cuando paso por delante de la puerta. Pongo la cafetera y el pan en la tostadora. Voy sacando la mantequilla y la mermelada. Preparo el vaso de agua para sus medicinas. Con toda mi atención plana, tal y como dice la terapeuta que debo hacer las cosas, cambio sus pastillas por sacarina y las coloco en la esquina superior izquierda. Cuando salé el café lo vierto en la taza y la completo con leche del tiempo, para que la mezcla tenga la temperatura perfecta. Según salta la tostada extiendo en ella la mantequilla para que así cubra toda la superficie sin hacer grumos. Extiendo también la mermelada. Coloco todo en la bandeja junto a una servilleta limpia y me dirijo a su cuarto.

Al final va a ser cierto. Yo que era tan escéptico he de admitir que después del ejercicio de esta mañana me siento mucho más optimista, con un estado de ánimo capaz de soportar todas sus pullas.

EL HEREDERO PERFECTO

Don Pedro Javier Pérez de Valdivia y García de Artola levantó la mirada del papel y se encontró con su propia imagen reflejada en el espejo de cuerpo entero que tenía colgado en la pared de enfrente de su mesa de despacho. Se contempló durante unos breves instantes pero enseguida supo que en este enésimo intento tampoco le llegaría la idea que llevaba buscando desde que se sentó en su escritorio a primera hora de la tarde. Esa misma mañana había estado en la oficina de su abogado, el fiel Iñaki, y este le había entregado el documento preparado a falta tan solo de que escribiese en el espacio en blanco que figuraba en el encabezado de la primera página el nombre de la persona o entidad elegida, pero nada, era incapaz de dar con la más adecuada para recibir su inmensa fortuna el día que falleciese.

Hace muchos años, cuando su mujer y él supieron de forma definitiva que no iban a tener descendencia que hicieron testamento, legando cada uno la totalidad de sus posesiones al otro. Pero hacía ya quince años que un fatídico cáncer de mama diagnosticado tardíamente se había llevado a su amada Cuqui, y desde entonces tenía pendiente modificar su última voluntad. Durante los primeros años no lo hizo porque le resultaba demasiado doloroso, más adelante lo fue posponiendo por pura dejadez, y en los últimos tiempos, por miedo a equivocarse y escoger a alguien que no supiese apreciar que lo que estaba recibiendo eran mucho más que una cantidad considerable de dinero y una colección de bienes materiales, si no el fruto de dos vidas enteras, la suya y la de su amada esposa, y que para colmo dilapidase su enorme fortuna en dos patadas.

Giró la vista al enorme ventanal que daba al inmenso jardín perfectamente cuidado y fijo su mirada en el viejo y retorcido olivo que su mujer había querido plantar para recordar su Sevilla natal cuando se mudaron a este chalet en la mejor urbanización de las afueras de Madrid. Una zona llena de todos los servicios y comodidades que nadie pudiera desear. Con los mejores colegios cuando tuvieran hijos. Con campo de golf y club social para codearse los mayores banqueros, los empresarios más poderosos y ministros y políticos del antiguo y del nuevo régimen. Pero el árbol centenario que tanta sombra les había dado a lo largo de los años no le dio esta vez ninguna idea.

Mentalmente volvió a repasar las alternativas. En primer lugar estaban sus sobrinos, claro. Verónica, David y Cristina. Pero no estaba del todo

convencido de que esa generación de malcriados y sobreprotegidos se mereciesen tamaño regalo. Sus padres les habían dado todo siempre masticadito y no estaba muy seguro de que realmente supieran en qué consistía esta vida. Además, a David, no quería dejarle in un duro. Era un juerguista y un tarambana y había hecho sufrir hasta lo indecible a su querida hermana. No, decididamente no selo merecía. Y aunque decían que ya estaba completamente desintoxicado él no se lo creía para nada. De esas cosas, una vez que se entra no se sale. Las dos chicas eran algo mejor, pero también tenían sus pegas. Verónica era cariñosa y le llamaba de vez en cuando para ver como estaba, pero se había casado con un inútil que había sido incapaz de ser otra cosa en esta vida que periodista deportivo. Y por si fuera poco, especializado en fútbol. No se le podía ocurrir una ordinariez de mayor calibre. ¡Si al menos se hubiera especializado en hípica o en polo! La pequeña, Cristina era una directora cinematográfica de éxito. Pero había resultado lesbiana y se había casado a bombo y platillo con una de sus actrices manchando así el buen nombre de la familia. Nunca se lo perdonaría.

El problema es que contaba con ellos para que le cuidaran para cuando ya no pudiera valerse por sí solo. O por lo menos para que le contratasen un servicio de cuidados y se asegurasen de que los empleados de dicho servicio le trataban como es debido. Y claro, si se enteraban de que les había desheredado, seguro que no podía contar con ellos. Ahora aún tenía la duda. El mediano y la pequeña posiblemente nunca harían nada por él, pero Vero, sí que esperaba que llegado el momento le prestara la atención mínima. Claro que siempre podía dejárselo todo a la mayor e imaginarse a los otros dos reventar de rabia. Mucho mejor aún, hacérselo saber en vida y así presenciarlo en primera persona. Estaba seguro de que sería un espectáculo magnífico. Pero la primogénita era tan simple que era capaz de enfadarse con él y de renunciar a su parte si no incluía a sus hermanos.

Otra opción era dejárselo a una ONG. A la Fundación Vicente Ferrer, por ejemplo. Durante el semestre que dedicaron a viajar por la India visitando los principales templos y palacios se habían desviado para pasar un día por Anantapur y conocer en primera persona la obra de este santo que ahora continuaban su viuda y su hijo. Sí, sería un hermoso gesto. Seguro que en la barra del Club social y en los greens del campo de golf sería el tema de conversación durante al menos un par de días. La filantropía siempre vendía bien. Pero, pensándoselo dos veces, ¿qué se le había perdido a él en India? Él no tenía nada

que ver con toda esa gente.

Una tercera posibilidad era dejárselo a su primo Jorge, que había emigrado a Chile hace ya la tira de años. De jóvenes se habían llevado bien, pero cuando la crisis del 93 y ante la falta de trabajo había emigrado a Santiago y allí se había hecho piloto de línea comercial. Al principio, cada vez que visitaba Madrid procuraban quedar alguna vez para no perder el contacto, pero hacía ya mucho tiempo que sabían nada el uno del otro. ¿Y si ya había fallecido o si ya no se acordaba de él o si había acabado convirtiéndose en un canalla?

Otra alternativa que había barajado era dejárselo a un desconocido escogido al azar. Pero la idea la había desechado en unos pocos segundos. Eso sí que era una estupidez propia de su sobrino David bajo efectos de sustancias sicotrópicas o, peor aún, del plumilla deportivo.

Total, que llevaba dándole vueltas a lo mismo desde hacía ya varias horas. Y como siempre hacía en esas situaciones lo mejor era cambiar el escenario para ver si así rompía con el bloqueo mental. Se levantó, pasó por delante del enorme espejo, abrió la puerta corredera que daba al jardín por el lado del árbol andaluz, y paseó por el jardín hasta llegar a la rosaleda que se encontraba en el otro extremo de la parcela. Durante un buen rato se dedicó a contemplar los primeros capullos que estaban comenzando a brotar. A lo lejos le llegaban los sonidos de la plataforma de salida del hoyo 7. Era viernes por la tarde y ese era uno de los momentos de mayor afluencia. A los ejecutivos les gustaba echar una partida al salir del trabajo antes de enfrentarse a un largo fin de semana acompañados de sus aburridas mujeres y de los chillidos de sus maleducados hijos. Con satisfacción pudo comprobar que en un par de semanas el jardín iba a lucir tan hermoso como cuando su difunta Cuqui se ocupaba personalmente de él. Pero que se le va a hacer, allí tampoco se le ocurría nada.

Volvió sobre sus pasos, cerro el ventanal de espaldas, acostumbrado a hacerlo así desde hace años, se reflejó una vez más en el espejo de camino al sillón de cuero, se sentó y antes de ponerse a darle vueltas a la mismo levanto la vista una vez más inspirando todo el aire del que era capaz en búsqueda de inspiración.

Y la encontró. Vaya si la encontró. Tomó la pluma con decisión y con pulso firme escribió en el espacio en blanco que su abogado le había indicado Don Pedro Javier Pérez de Valdivia y García de Artola.

PESCANDO EL SOL

Á Manolo “El Salao”

Manolo “El Salao” era un hombre de una sonrisa amplia como el horizonte, de abrazo abierto, y de gesto pícaro, de voz sincera y de mirada honrada, de cantar noble y de risa franca, con una de una determinación a prueba de desgracias y un alma llena de sueños. Manolo el Salao estaba siempre alegre, y nadie entendía de donde sacaba ese optimismo, porque Manolo no tenía mucho, por no decir que no tenía apenas nada. Lo que más tenía Manolo era hambre. Tenía mucha hambre, tenía un hambre tal que le devoraba las entrañas.

Todos los días, con las primeras horas del alba veía descargar las bodegas de los grandes barcos de pesca. Cajas y cajas de lubinas, doradas, sardinas, que los marineros bajaban entre risas y bromas y llevaban hasta la lonja donde los mayoristas del mercado central pagaban gruesos fajos de billetes para luego llevarse todos esos manjares en camiones frigoríficos. El ni siquiera soñaba con esos billetes, tan sólo con que de alguna de esas cajas se resbalase uno de esos pescados y así tener algo que llevarse a la boca. Con su pequeña chalupa de madera y la fuerza de sus brazos lo más que podía llegar era hasta la bocana del puerto y allí ya estaba todo esquilmado, no quedaba ni un simple salmonete.

Todas las tardes, a la salida de la flota se colocaba en el borde del espigón viéndoles tomar rumbo hacia el sol poniente, y todas las tardes se prometía que un día pescaría con ellos en esos bancos infinitos de peces. Cogería tantos que podría comer hasta jartarse, y aun así le sobrarían para dar a sus vecinos.

Hasta que un buen día se decidió. Puede que él dependiera sólo de la fuerza de sus brazos, pero sólo de su determinación dependía llegar hasta esos tesoros marinos. Si él se lo proponía nada ni nadie le podía impedir llegar hasta América si hacía falta. Así que le pidió a Remeditos, la de la Pura, unos huevos duros, un poco de salmorejo y unos flamenquines, y a Pepe el de la Asumpta una bota de moriles, y acompañado tan sólo de una resolución infinita como el mar, a primera hora de la noche puso rumbo al poniente soñando con una captura cómo nunca había pescado.

Remó y remó, como si le fuera la vida en ello, sin darse cuenta de que eso era exactamente de lo que se trataba. Cuando el cielo empezaba a clarear vio venir la flota que iban ya camino del puerto. A lo lejos

pudo escuchar los gritos de los marineros, sin distinguir lo que decían, pero adivinando en el tono más chanzas que ánimos.

Aún remó un buen rato a pesar de haber ya salido el sol, pero cuando ya tenía el cogote achicharradito perdido se acostó bajo el banco tapándose con su propia camisa.

Tan agotado estaba que no sintió el calor abrasador que le iba consumiendo el cuerpo y la sesera, pero cuando despertó a última hora de la tarde era como si el mismísimo infierno se le hubiera metido en el alma. Se desnudó y se lanzó al mar en busca de consuelo. Tan solo cuando se agarró al borde de la amura de babor fue cuando sintió un dolor insoportable en las palmas de las manos y, dejándose caer sobre el fondo de la chalupa se las miró y comprobó que las tenía en carne viva. Haciendo jirones con su propia camisa se las vendó y se volvió a poner a la tarea. Ahora no podía dar marcha atrás en su empresa. Primero por la deuda contraída con Pepe y con Remeditos, luego por el ansia que le corroía las tripas, pero sobre todo, porque no podía volver a esa lonja si no era con el bote lleno. No podía convertirse en el hazmerreír del pueblo.

La segunda noche siguió remando, con menos fuerzas, con menos sueños, y con bastantes más dudas, que nunca son buenas compañeras en alta mar. Pero siguió remando. Esta vez lo dejo en cuanto sintió los primeros rayos del sol golpeándole en el pescuezo. Metió los remos en el bote y se acurrucó en la popa con la esperanza de que algo le protegiera de la impiedad que le caía del cielo.

Ese día se despertó con mareos y nauseas. Echó por lo borda lo poco que había comido el día anterior, dándose la paradoja de que buscando peces con los que alimentarse ahora era él el que les daba de comer. Se volvió a lanzar al agua con ánimo de refrescarse y cuando llego el momento de izarse apenas le alcanzaron las fuerzas. La desesperación de verse perdido fue lo que le dio el coraje que le faltaba para volver a bordo de ese cadalso con proa.

Esa noche remo lo que pudo, que fue mucho más de lo que cualquiera hubiera aguantado y mucho menos de lo que su loca empresa demandaba. Se acostó cuando aún quedaba un buen rato para el amanecer así pudo dormir refrescado por la brisa que le traía la mar, esa mar donde él tenía depositadas todas sus esperanzas para su salvación.

Cuan despertó el sol estaba en todo lo alto del cielo, por lo que calculó que debía ser media mañana. Tenía la frente ardiendo y el cuerpo

empapado de un sudor frío. Sentía náuseas y era incapaz de comer ni de beber nada. Aunque eso poco importaba, ya que ya no le quedaban ni flamenquines ni moriles con las que acompañarlos. Le dolían músculos que ni siquiera sabía que tenía y el agotamiento era absoluto. Así que hizo lo único que podía hacer. Monto su caña, cebó el anzuelo, y con la esperanza de que la mar le trajera su salvación lo lanzó al único punto que le pareció que tenía lógica, al centro del reflejo del sol sobre las aguas, como si estuviese lanzando un dardo al centro de la diana de la Taberna del Pescador. Allí estuvo horas, con los ojos fijos en el flotador, esos ojos que siempre habían estado llenos de vida y que ahora mismo estaban completamente vacíos, como si la inmensidad de la mar se hubiese bebido todos sus sentimientos. Sin querer mirar en otro punto que donde se sedal se hundía en el agua, no fuera a ser que esa misma inmensidad infinita le quitara los últimos suspiros que le quedaban.

Pero por mucho que la mirará la veleta no se movía. Allí seguía, mecido plácidamente por vaivén de las olas. Y mientras tanto el sol seguía taladrándole el cerebro. Cómo si estuviese dotado de una broca para atravesar acero, girando y golpeando sin para un instante. Penetrando aún más, cuando parecía que ya más era imposible, porque ya lo sentía completamente dentro.

Y cuando ya estaba a punto de darse por rendido, cuando calculó que debía ser la hora del ángelus, la Virgen del Carmen que siempre se apiada de los buenos marineros se apiadó del bueno de Manolo y la caña empezó a dar unos tirones de mil demonios. Empezó a luchar con ella y hubo momentos en los que, debido a su falta de fuerzas, pensó que se le escapaba de las manos y que perdía su presa. Pero no, luchó y ganó, y por fin subió a su bote de madera la primera pieza, una lubina hermosa y grande como su brazo. Rebosante de alegría volvió a lanzar el sedal y en seguido pico otro presa. Y otra, y otra...Lubinas, doradas, sardinas. Era echar la caña y enseguida tener que recogerla con una presa. Pero Manolo no podía parar. Por fin había descubierto el banco secreto. Por fin podría comer hasta reventar, dejar atrás ese hambre espantosa que le corroía las tripas. Y quería más, y más, sin darse cuenta que lo que tenía eran corroídas las entendederas. Y deseando hacerse con ese tesoro apartó la caña. se puso en pie, y se lanzó al agua ansioso por atrapar todos esos frutos con sus propias manos. Y una vez en el agua buceo hasta el fondo, donde una sirena que tenía toda la cara de Remeditos, la de la Pura, le dio un abrazo cerrado a los que él no estaba acostumbrado y allí le dejó, para saciar el hambre de todos aquellos tesoros con los

que el siempre soñó para aliviar la suya.

SALSAS, SOFRITOS, Y MATERIA PRIMA

Á Ángeles

Un par de minutos después de añadir el culín de vino y de dejar que se mezclara bien con la base de cebolla y champiñones probó el sabor con la punta de la cuchara de madera y lo encontró delicioso. Cuando en el último momento añadiera la nata líquida, la salsa iba a quedar perfecta para acompañar el asado de muslo que ya se estaba haciendo en el horno.

Desde su punto de vista las salsas, los sofritos, y la calidad de los ingredientes eran la base fundamental para una buena cocina. Con un buen dominio de estos tres elementos el resto permitía grandes dosis de creatividad realmente enriquecedora. Por ejemplo, la salsa que hoy estaba elaborando por primera vez se le ocurrió cuando recogió en su coche en la carretera de Galapagar a ese estudiante murciano de derecho internacional. El chico estaba un poco rollizo y sin saber por qué, mientras conducía, empezó a pensar que una buena salsa a base de nata y setas sería perfecta para acompañar una buena carne que tuviese un poco de tocino y que quedase crujiente después de asarla largo tiempo al horno a no demasiada temperatura.

Justo en ese momento sonó la campana del temporizador y, tras abrir la puerta y sacar el asado usando las guías deslizantes, con el tenedor de trinchar comprobó que el muslo estaba en su punto, en un equilibrio nada fácil de conseguir entre crujiente y jugoso.

Echo la nata a la salsa, removió no más de unos segundos, y retiro la sartén del fuego. Llevo todo hasta la mesa donde ya antes había dejado el vino de Toro en el decantador para que se fuera oreando. Un vino fuerte y con personalidad haría un maridaje perfecto con esta vianda joven y grasa y las setas con nata.

Se sirvió una generosa ración y probó la comida antes que el vino. No pudo evitar que un escalofrío le recorriera la médula espinal, casi como una descarga eléctrica de placer. Mientras que saboreaba el vino empezó a divagar en cuál podría ser su próxima creación culinaria. Entonces se acordó de que el trozo de carne que había utilizado era el último que le quedaba en el frigorífico industrial que tenía en el sótano. No importa, después de la cena saldría a darse un paseo con el coche por los alrededores del barrio universitario. Con la cercanía del puente festivo de la primavera seguro que habría más de un estudiante haciendo autostop en busca de un buen samaritano que le acercase a casa de manera gratuita. Tan solo de pensar en la buena perspectiva

de encontrar materia prima de primera calidad hizo que sintiera un segundo escalofrío de placer. Corto un nuevo trozo de carne y lo mojó bien en la salsa antes de llevárselo a la boca.

SMARTASTE

Á Claudio

Apartó un momento la vista de la smartablet y con un vistazo rápido a su smartwatch comprobó que ya era una hora aceptable para prepararse el desayuno. Se levantaba muy de madrugada y con un hambre de mil diablos, pero cuando lo hacía su mujer aún dormía, en verdad ella casi se acababa de acostar, así que siempre dejaba pasar un poco de tiempo para no hacer mucho ruido y no despertarla, para darle un poco de tiempo a que cogiera el sueño profundo.

Lleno un vaso de agua y lo metió en el smartowen para calentarlo. El dispositivo ya tenía almacenada la temperatura exacta que a él le gustaba para desayunar. Después abrió el smartfridge y saco el único recipiente que había dentro. Quito la tapa y saco la proporción de masa anodina y grisácea que tomaba cada mañana, con la cantidad precisa de calorías que iba a consumir desde ese momento hasta la hora de la comida. Con un movimiento de muñeca reinició el smartwatch y mediante la comunicación telepática activó los sabores que tenía almacenados por defecto para la primera comida del día. Café torrefacto 100% arábico con un chorrito de leche asturiana y pan tostado en su punto justo untado con mantequilla con sal, también asturiana, y mermelada sevillana de naranja amarga. El sabor de la mermelada era el último parámetro que había programado hace unos meses, después de leer en un artículo insustancial del suplemento dominical que ese era el tipo que se venía tomando en el Palacio de Windsor desde tiempos inmemoriales.

Antes de ponerse a saborear el desayuno hizo que la smartablet le ensañara las noticias del día del periódico oficial. En eso era muy tradicional, le encantaba enterarse de las últimas novedades mientras se tomaba el café y la tostada. Eran prácticamente los únicos instantes de calidad de los que podría disfrutar a lo largo del día, después vendrían las comunicaciones electrónicas, los informes digitales y las reuniones holográficas y no volvería a tener un momento de tranquilidad hasta la hora de acostarse.

Un rápido vistazo a la Portada le fue más que suficiente para comprobar que ahí no venía nada, pero eso no era extraño, el escándalo llevaba ya en boca de todos varios meses y tenía que ser algo muy novedoso para que le dedicaran espacio en la primera página. Pero en la sección de salud se la dedicaban prácticamente en su totalidad. Hablaban de los nuevos ingresos a lo largo de todo el país. En el Puerta de Hierro, en el Clinic, en el Hospital de Cruces, al

Carlos Haya, el Virgen del Rocío...Ya no quedaban plazas libres en ninguno de ellos. Cuando las Unidades del Aparato Digestivo se habían llenado, los gerentes habían empezado a mandar a los enfermos a sus casas, alegando que poco o nada podían hacer por ellos, pero los movimientos de protesta a través de las redes sociales habían sido de tal virulencia mediática, colapsando las teóricamente incolapsables redes 7G, que el Gobierno, alegando razones de urgencia nacional, había ordenado que ningún paciente fuese dado de alta hasta que se encontrase una cura. En realidad los pacientes iban dejando huecos en los centros sanitarios por fallecimiento y no por sanación, pero el ritmo de ingresos seguía siendo mucho más elevado que el de defunciones, por lo que las camas habían ido colmando todas las unidades de los hospitales empezando por Cuidados Intensivos, para luego pasar a Enfermedades Infecciosas, Endocrinología, para continuar por Oncología y Cardiología, y terminar abarrotando los pasillos.

En la parte superior de la segunda página de la sección, página impar, venía otro artículo que hablaba sobre la posible relación entre la crisis de urgencia sanitaria y el producto estrella de su empresa, el producto que hace tan solo unos pocos años habían desarrollado su socio y é y que les había hecho inmensamente ricos. Periodismo amarillento y periodistas buitres. No tenían ningún respeto ante nada con tal de conseguir lectores y *likes* y, aunque no tenían ninguna prueba, no dejaban de sacar esos artículos tendenciosos. Su abogado les aconsejaba que no pusieran ninguna demanda. No ahora que la morgue se iba llenando de cadáveres, que era mejor esperar a que pasara la ola mediática.

Se fue hasta el salón y se tumbó en el smartfit que habían instalado justo enfrente del inmenso ventanal de su ático del piso ducentésimo vigésimo segundo desde el que podía contemplar toda la ciudad. El aparato ya tenía programado los ejercicios necesarios para mantener en forma todos y cada uno de sus músculos y para que al mismo tiempo quemase el número exacto de calorías que, contando con las que iba a consumir a lo largo del día y las que iba a necesitar para sus funciones vitales y las distintas actividades que pensaba desarrollar, no engordara ni un solo gramo. Mientras la máquina ejercitaba su cuerpo intentó concentrarse en algunos de los problemas más acuciantes del nuevo prototipo, pero la ira profunda que sentía, provocada por la manera tan injusta en como la sociedad les estaba tratando le impedía pensar racionalmente. Con el pensamiento activó el equipo de smartmusic que automáticamente seleccionó para él una música

suave y sin estridencias que debía ayudar a calmarle.

Al fin y al cabo, lo único que habían hecho el y su socio con su invento era proporcionar a todas las personas la posibilidad de acceder al mundo infinito de sabores, sin necesidad de gastarse un dineral en un gran reserva o en un restaurante de tres estrellas. Que la gente hiciera un mal uso de su dispositivo eso ya no era responsabilidad suya.

Se acercó hasta el dormitorio de su mujer, entreabrió la puerta y no percibió ningún ruido, pero a través de la claridad que dejaba pasar el cortinaje pudo entrever el bulto de su cuerpo entre el gurruño de las sabanas de seda. Anoche se debió haber pasado con los somníferos, no era normal que a estas horas siguiera durmiendo y, mucho menos, que no estuviera roncando como una morsa o medio despierta. Normal, seguro que ayer su hermana le puso la cabeza como un bombo cuando se acostó se tuvo que atiborrar a pastillas para poder conciliar el sueño. Cerró la puerta con cuidado para no despertarla y decidió salir a dar un paseo para ver si se despejaba un poco.

Al abrir el portalón del portal una muchedumbre se abalanzó sobre él. Por un momento se quedó aturdido sin comprender lo que pasaba. Al cabo de unos segundos y cuando los ojos se le habían acostumbrado al resplandor de la luz del mediodía pudo distinguir, en primer lugar, un montón de periodistas con cámaras y focos, y, en segundo lugar con una muchedumbre que parecía embravecida. La chusma emitía contra él un montón de consignas que tenían tanto de vulgares como de amenazantes. Intercambiaban eslóganes en los que le ponían de hoja de perejil con otros en los que le prometían todo tipo de lindezas. Era tal el volumen de sus imprecaciones que apenas podía entender las preguntas de los supuestos reporteros, y eso que estos le estaban metiendo las alcachofas casi hasta las amígdalas.

Hecho un basilisco cerró el pesado portalón de madera de un manotazo y se lanzó hacia el ascensor privado de alta velocidad para llegar cuanto antes a su loft. En cuanto llego se fue para su despacho y hecho como un energúmeno pidió a su asistente virtual que le pusiera en contacto con su abogado. Al tele asistente, acostumbrado a su tono de voz pausado y siempre dentro dela cortesía más exquisita en un principio le coste entenderle, y tuvo que repetir varias veces su orden, cosa que contribuyó a enervarle aún más. Al cabo de breves instantes el holograma de su fiel Ernesto apareció ante él. El leguleyo llevaba con ellos desde el principio de toda la aventura, cuando no era más que otra prometedora start-up tecnológica de las miles que surgían cada año fundada por jovenzuelos con gran dominio de la

tecnología e ideas brillantes, pero sin el más mínimo conocimiento de cómo funcionaba el mundo de los negocios ni de cómo convertir sus brillantes proyectos innovadores en productos que realmente demandara la sociedad. Formaba parte del servicio legal que la incubadora de empresas de la universidad ofrecía a los aspirantes a emprendedores. Bueno, más que formar parte del servicio legal, era el servicio legal. La totalidad del mismo. Que por no tener no tenía ni secretaria. Ni tampoco sabía comer y vestir como lo hacen los abogados buenos, los que realmente asesoran a los peces gordos. Por no saber no sabía ni jugar al golf. Pero les había acompañado en todo su camino, enseñándoles primero las cosas más básicas, desde cómo crear la empresa hasta como registrar la marca he ir patentando todos y cada uno de los pequeños progresos que iban haciendo, sin olvidar ni uno solo, ni el más pequeño, que en cuanto se descuidaran seguro que aparecía un tiburón chino y les dejaba sin nada. Y claro, según ellos iban ganado fama la fama de su abogado iba creciendo al mismo tiempo, y ahora se había convertido en el asesor legal de grandes multinacionales, de algún millonario que otro, y, se rumoreaba, que hasta de algún narco. Y había pasado de ser un simple experto en propiedad intelectual a tener un gran bufete especializado en derecho fiscal empresarial y en comercio internacional. Él tenía la intención de que desde que había estallado el escándalo a Ernesto no le hubiera importado lo más mínimo que ellos dejaran de estar entre su lista de clientes. Pero bueno, allí estaba, si no en cuerpo y alma, si al menos en holograma y sabiduría.

El abogado en seguida le informó de lo ocurrido. Un medio no registrado de las fakenet había filtrado su nombre y su domicilio. A través de las mismas redes familiares de fallecidos y enfermos se habían citado a las puertas de su casa con la intención de asediarle hasta que se comprometiera a reparar con su inmensa fortuna todo el daño realizado. La fiscal general del estado había anunciado diligencias hasta que se esclarecieran los hechos, y el propio ministro de emprendimiento y nuevas tecnologías había dado una rueda de prensa comprometiéndose a encontrar a los auténticos culpables. El consejo del picapleitos, a la vez que un clásico, era de una claridad extrema, permanecer un su guarida hasta que pasara la tormenta. La fin y al cabo ellos no eran los únicos que se habían hecho ricos con su invento. Habían creado una cantidad nada despreciable de empleos, tanto directos como indirectos y su contribución al Producto Interior Bruto del país era algo que el gobierno no podría ignorar. Tarde o temprano encontrarían la forma de sacarles del atolladero y hacer borrón y cuenta nueva.

Entre unas cosas y otras el tiempo había ido pasando sin apenas darse cuenta y ya era la hora de la comida. Decidió resarcirse de todos los malos tragos de la mañana y preparase algo suculento. Se sirvió un vaso de agua del grifo y sacó de la nevera la masa alimenticia de color gris. Lo cierto es que el color era poco apetecible, pero en el departamento de investigación de su centro tecnológico ya estaban trabajando en colores alternativos. Su socio, en un principio se había mostrado reacio al proyecto, argumentando que cuando terminaran el dispositivo de smartvisión la gente podría ver las cosas con la forma y los colores que quisieran, pero los óptico genetistas se estaban encontrando con más problemas de los esperados, así que, menos mal que habían realizado los dos desarrollos en paralelo. Cuando abrió el paquete vio que apenas quedaba masa alimentaría, por lo que ordenó a su asistente virtual que ordenara un nuevo pedido al almacén. Cogió una cantidad suficiente para el almuerzo de una persona y la calentó en el samartowen. Cuando estuvo lista programó el dispositivo para que los sabores fueran exactos a los de un gran cru francés y al de una langosta mernier que ser servía en un restaurante de tres estrellas de Boston. Cuando probó el primer bocado un escalofrío de placer le recorrió todo el cuerpo y no pudo evitar sonreírse por dentro. ¿Cómo la gente podía estar en contra de algo tan maravilloso? Pandilla de ignorantes.

Se retiró a su despacho y se pasó la tarde ocupado en revisar asuntos burocráticos de la oficina. Los detestaba profundamente pero el Consejo de Administración donde iban a presentar la próxima ampliación de capital sería en apenas quince días y mejor llevar todo en orden. Con las turbulencias que estaban atravesando mejor no dar ninguna excusa a los consejeros independientes para que parasen la iniciativa.

A media tarde recordó que esa era la fecha de la inauguración de la temporada de ópera. A punto estuvo de ir a despertar a su mujer para que se fuera preparando, pero enseguida recordó el incidente de la mañana y el consejo del abogado y decidió dejarlo pasar. Una pena que el palco privado adyacente al real se fuera a quedar esa noche vacío. Menudo jugo le iban a sacar los programas de cotilleo. Era la primera sesión de opera que se abría tras el matrimonio de la joven reina con su prometida noruega y seguro que asistirían. De todas formas, era raro que su mujer aún no hubiera dado señales de vida.

Diez minutos antes de los informativos nocturnos dejo de trabajar y se dirigió a la cocina. Es curioso la inercia y el peso en el uso del lenguaje, todo el mundo seguía llamando cocina a esa estancia,

cuando en realidad ya nadie cocinaba nada allí. Se sirvió un nuevo vaso de agua del grifo y la última ración de la masa alimentaria. No importaba, por la mañana habría llegado la nueva remesa. Esta vez escogió como sabores agua, eso sí, agua pura de un manantial suizo, y una ligera ensalada de aguacate, quínoa y anchoas. Otra de las ventajas de su invento es que el sabor a sal siempre estaba en su punto. Le encantaban las anchoas pero de joven detestaba cuando le salía una lata excesivamente salada. Encendió el reproductor de imágenes tridimensionales coincidiendo justo con el inicio de las noticias. La primera imagen que salió era, sin lugar a ninguna duda el frontal de su casa. La muchedumbre había aumentado considerablemente y el nivel de belicosidad parecía haber sufrido el mismo efecto. Habían organizado una autentica acampada y encendido hogueras. Mucha gente se cubría los rostros con pasamontañas, para no ser reconocidos por las cámaras de tele seguridad y, otros, se habían los habían cubierto con pinturas de guerra, lo que les daba un aspecto feroz. A algunos de les veían con palos, unos pocos mostraron armas blancas, y hasta una joven enorme con pinta nórdica se atrevió a enseñar una pistola. Decididamente, mejor no aparecer por allí hasta que la policía no desalojara a esos energúmenos. La siguiente secuencia mostró al ministro de seguridad pública y privada haciendo unas declaraciones. Sorprendentemente, en vez de informar de un próximo desmantelamiento del poblado salvaje de las puertas de la casa, sus palabras dejaban entender una cierta comprensión por los mismos y una culpabilización de su empresa de la situación creada. Sobre el medio que había facilitado los datos de la localización exacta de su vivienda, en vez de condenar el hecho, poco menos que les felicitaba por haber llevado a cabo un servicio público.

Perplejo y confundido decidió tomarse unos somníferos antes de acostarse, pero antes de hacerlo echó una ojeada por el dormitorio de su esposa, para así poder explicarle la situación, no fuera que le diese por salir a mitad de noche y se encontrara con los bárbaros. Cuando abrió la puerta le asaltó un ligero olor desagradable, debía ser por llevar el cuarto cerrado todo el día. No se percibía el más mínimo movimiento y el silencio era absoluto. Mejor así, así la pobre se había evitado vivir una jornada tan nefasta.

Gracias a las pastillas durmió de un tirón y cuando se despertó el siguiente día se encaminó en seguida a prepararse el desayuno. Al abrir el recipiente de la masa alimenticia se lo encontró vacío, totalmente vacío, tal y cómo lo había dejado la noche anterior. Se

quedó atónito. Interaccionó con el asistente virtual y este le garantizó que había dado la orden al almacén. Sin duda se trataba de un pequeño desajuste en el programa de logística y distribución. Lo malo es que sin poder salir ni a la esquina y sin ningún alimento en casa se iba a quedar en ayunas. Se dirigió a su sesión de ejercicios inteligentes y realizó la quema de calorías acostumbrada. Ya se desquitaría a la hora de la comida.

Trabajó toda la mañana en sus propuestas para el próximo consejo abstrayéndose totalmente del mundo, como dejara que alguna noticia le alterase no iba a poder concentrarse y era importante que dentro de quince días la junta aprobara las propuestas sin mostrar ninguna discrepancia.

A mediodía se dirigió al dormitorio de su esposa. Nada más abrir la puerta le abofeteó un penetrante olor a huevo podrido. No se oía nada, no se sentía el menor movimiento. Con un hilo de voz que mostraba bien a las claras su miedo pronunció el nombre de su mujer. Ninguna respuesta. Recurriendo a sus últimas fuerzas lo repitió a mayor volumen, casi gritando. Más que grito le salió un lamento cargado de angustia y congoja. Nada. Dio un par de pasos hacia atrás y cerró la puerta con espanto. Sin saber que hacer se dirigió a la cocina, el hambre le devoraba las entrañas.

El contenedor dela sustancia con lo que se nutría seguía vacío. Se quedó aturdido como si un boxeador profesional de los pesos pesados le hubiese propinado un puñetazo en plena cara. Pero en seguida se repuso. No se podía permitir venirse abajo. Se lo debía así mismo y se lo debía a ella. Esta vez se saltó el paso intermedio del asistente y llamó directamente al director de distribución. Ninguna señal. Decidió llamar a Ernesto, las cosas estaban pasando de castaño oscuro y, si él estaba sitiado, era su abogado el que tenía que poner remedio a la situación. Ese picapleitos de tres al cuarto se lo debía. Esta vez sí hubo una señal, pero fue de rechazo de su llamada. El mensaje era tan claro que ni tan siquiera lo intentó una segunda vez.

Noqueado se dirigió hasta la zona de relax y conecto la pantalla tridimensional. El canal de información estaba retrasmitiendo las imágenes de un incendio. En su estado de confusión le costó reconocerla, pero al poco tiempo comprobó que el incendio era de unas de sus naves de almacenaje. Dio volumen al aparato, total, ya no había peligro de que despertara a nadie. Los locutores estaban informando de una serie de asaltos y de actos de vandalismo que se habían ido produciendo a lo largo de la noche y la madrugada. La

muchedumbre había asaltado, destrozado y finalmente quemado todas y cada una de las instalaciones de su empresa. Fábricas. Almacenes. Centros de Investigación. Oficinas. Nada. No quedaba nada.

A continuación conectaron con imágenes en directo de la entrada de su edificio. La atmosfera de violencia era palpable. Al menos el gobierno había tenido la descendía de colocar una barrera de tanquetas entre la masa enfurecida y los distintos accesos. Más tarde conectaron con una tertulia donde lo más detestable del oficio periodístico debatía sobre la situación de caos y anarquía existentes. Todos le culpaban a él a su dispositivo de la situación. Uno de los contertulios informó que las medidas de seguridad de protección tenían como fin último posibilitar que se le pudiera juzgar y que así el gobierno se anotaría un indudable éxito político. Otro de los tertulianos, uno que en el pasado se había postulado como jefe de comunicación de su corporación, le conminaba a entregarse.

Perdió la cuenta de la cantidad de tiempo que estuvo contemplando las imágenes. Lo que la gente estaba quemando era su obra. De quien los periodistas estaban hablando era de él mismo. Pero todo le sonaba tan lejano. Es como si estuvieran hablando de otro. Pero finalmente se sobrepuso. Iba a levantarse. Iba a demostrar a todos que estaban equivocados, que su invento era en realidad un gran bien para la humanidad. Que bien utilizado podía servir para eliminar el hambre en el mundo y para proporcionar a la gente una alimentación equilibrada. Pero antes de comenzar la reconquista tenía que comer. Necesitaba nuevas fuerzas. Se dirigió una vez más a la cocina y tomo un plato sopero. En una esquina se puso de cuclillas y procuró no manchar nada. A continuación programó el dispositivo con el sabor de un steak-tartar. Delicioso. ¡Qué gran invento! Una vez recuperadas las fuerzas se sintió algo más optimista, capaz de renacer de sus cenizas.

VÁLVULA DE ESCAPE

Según llego al borde de la escalera mecánica desde el que podía ya contemplar el andén pudo ver que este, cómo casi todos los días estaba ya abarrotado. Seguro que el tren venía con retraso. Abriéndose paso entre las hordas de oficinistas con olor a sudor rancio de regreso a casa al salir del trabajo consiguió llegar hasta el lugar donde se abriría la puerta del convoy que más le convenía para que al llegar a su casa estar más cerca de la salida para cruzar la calle y coger el autobús urbano.

Cuando por fin llegó y se abrieron las puertas empezaron las carreras, empujones y codazos para conseguir sitio sentado. ¡Qué mal educada que era la gente! No respetaban ni colas, ni edades, ni a las personas discapacitadas o mujeres embarazadas. Él no se cortaba en clavar los codos a esa masa de groseros, pero la bolsa de deportes que llevaba le dificultaba bastante a la hora de abrirse paso entre la marabunta y no logró hacerse con un sitio sentado, pero por lo menos consiguió colocarse al lado de un asiento, de tal forma que, en cuanto el pringao que lo ocupa con pinta de lameculos se levantase él lo podría ocupar y así poder empezar a dar rienda suelta a su fantasía, su única válvula de escape después de un día de perros en la oficina.

Detrás de él iba un chiquito joven que debía ser becario y que le iba machacando con la mochila. No entendía como la gente se dejaba la mochila colgada dentro del transporte público. No se daban cuenta que molestaban a los demás y ocupaban más espacio en un sitio ya de por si abarrotado. Pero claro, esperar que esta chusma pensara en otros además de en sí mismos era pedir demasiado. El por eso siempre procuraba poner su antigua bolsa Adidas en el suelo de forma que estorbase lo menos posible. Era una bolsa de lona negra, ya antigua, con las famosas tres rayas de la marca en diagonal, que le acompañaba desde sus tiempos de la universidad. En un principio, cuando era parte del equipo de rugby de la facultad sí que había cumplido su propósito original de llevar la ropa de deporte, pero desde hace años la usaba para llevar el tupper a la oficina con la comida barata preparada del súper para la hora de la comida. Que con los precios que tenían los menús del día y el salario congelado por esos negreros no había forma.

Al llegar a Atocha, afortunadamente, el chupatintas que ocupaba el asiento por fin se levantó. Posiblemente haría transbordo a alguna de las líneas que se dirigían hacia las barriadas baratas del sur. El, entre su cuerpo y la bolsa impidió que ningún otro pudiera quitarle el sitio y

por fin pudo sentarse. Hasta que el tren llegara a su estación en la zona residencial donde vivía aún quedaba un buen trecho, así que podía por fin relajarse después de todo lo que había tenido que aguantar hoy en la empresa y dar rienda suelta a su imaginación. Según se sentaba pudo ver a una señora mayor de pie con cara de estar agotada. ¡Qué vergüenza que nadie le cediera el sitio! ¡Que gentuza!

Cerró los ojos y desconectó. Inmediatamente se olvidó de todo lo que le rodeaba. De ese olor a humanidad. De esa multitud amorfa y prescindible. Y en seguida empezó a soñar despierto. No soñaba con islas paradisíacas, mujeres despampanantes o deportivos fardones. No soñaba con que le tocase la loto y así poder dejar por fin ese miserable trabajo que tanto detestaba y que le estaba amargando la existencia. Todo lo contrario, soñaba con su jefe. Soñaba con que lo tenía atado en una silla totalmente a su merced. Unas veces le vendaba los ojos para que no supiera lo que le venía encima, pero otras le dejaba ver las mil y una perrerías que le iba a hacer, para que así pudiese darse cuenta de lo mucho que le odiaba. En ocasiones le dejaba gritar todo lo que quisiera, adoraba oírle sufrir, pero otros días no soportaba sus chillidos de rata castrada y le amordazaba la boca para no tener que escucharle. Lo que nunca hacía era tapare los oídos. Una de las cosas con las que más disfrutaba era en poder decirle en persona lo mucho que le despreciaba. Y entre insulto y desprecio le iba anticipando los nuevos horrores y sufrimientos que le iba a infligir, para que así sufriera dos veces, al saber lo que le iba a pasar, y al sentirlo. Le contaba cómo le iba a ir introduciendo alfileres al rojo vivo entre las uñas. O cómo le iba a ir arrancando lo piel hasta dejarle en carne viva. Se lo contaba con una voz fría, neutra, que transmitiera todo su odio y su deprecio. Y después lo ejecutaba muy despacio, todo lo despacio de lo que era capaz, para prolongar el gozo lo más posible, casi hasta el infinito. Hasta que ese pobre desgraciado que se creía alguien, ese mindundi, tan gallito en la oficina y tan cobarde en el cara a cara, acababa muriendo, a veces desangrado o, y esta era su versión favorita, a veces debido a la intensidad insoportable del dolor.

Entonces lo descuartizaba e iba abandonado los restos en contenedores de distintos barrios, así terminarían en diferentes vertederos donde serían procesados. Y cuando alguien echara en falta a ese malnacido no habría forma de inculparle.

Era tal la maestría que había adquirido en el manejo de su válvula de escape particular que siempre se despertaba cuando el tren entraba

en su estación. Con el tiempo justo de acercarse a la puerta y bajarse para tomar el autobús urbano.

Ese día no pudo ser menos. Cuando él se levantó por fin se pudo sentar la señora mayor con cara de extenuada. Se sentó muy rígida, con el bolso sobre el regazo y los pies muy juntos. Sin darse cuenta que los zapatos se le estaban manchando con un pequeño charco de líquido viscoso que se había formado allí donde unos instantes antes había una bolsa de lona de deportes.

PUENTE ROMANO COLGANTE

A Luis

Nada comparable al sabor de una cerveza bien helada junto a unas almendras tostadas y saladas. Sentado a la sombra de los pinsapos en una de las mesas de la terraza del chiringuito la temperatura era perfecta. Era ya tarde para el aperitivo. Empezaba a ser incluso tarde para comer, pero los políticos siempre escogían la hora para estas cosas pensando en cuál era el mejor momento para salir en los informativos de televisión. Mientras él se relajaba, a su espalda oía los sonidos producidos por los asistentes a la inauguración. Los muy desgraciados ni siquiera le permitían hablar con los periodistas, y eso que él era el responsable del diseño y la construcción del puente, pero claro, no querían a nadie con un poco de inteligencia que pudiera hacer la más mínima sombra a las palabras huecas de la excelentísima presidenta.

En fin, a estas alturas poca importancia tenía ya. En unos momentos habría puesto fin a las faltas de respeto y humillaciones que continuamente recibía de esa ignorante, que no sabía distinguir el románico del barroco. Lo que más le irritaba es que le habían fastidiado la semana que habitualmente dedicaba cada año en visitar los puentes, calzadas o acueductos que el imperio romano nos había dejado. El hecho de que fueran capaces de construir arcos sin el uso de ningún tipo de cemento o argamasa y donde todo el peso y la estabilidad de esas enormes piedras descansaran en una pieza central que se debía colocar al final del proceso de construcción con una gran precisión le había fascinado desde niño. Inspirándose en ellos era cómo había diseñado el puente colgante con el que hoy esa pandilla de abrazafarolas y chupopteros se iban a colgar su medallita sin tener mérito ninguno. Así que, toda esa modernísima estructura de hormigón y de tirantes de acero descasaba todo su peso en una fina tela de seda colocada justo a mitad de la longitud del tablero.

Cuando oyó los sonidos que indicaban de forma clara que la comitiva se encaminaba al centro del puente para proceder a cortar la cinta inaugural dejo unas monedas sobre la mesa como pago de su consumición, se levantó sin esperar al camarero o la vuelta y se dirigió hacía su coche. Nada más arrancar el motor empezó a sonar por los altavoces la música gregoriana que siempre llevaba en el reproductor. Bajo el volumen para poder escuchar lo que ocurría a lo lejos y se puso a esperar. Al cabo de un rato le llego con claridad el estruendo, la excelentísima presidenta ya debía haber procedido al corte

protocolario de la elegante tela con los colores de la enseña del país que él personalmente se había encargado de adquirir y de colocar. Metió la primera y se incorporó despacio a la carretera que el mismo había construido disfrutando de la música de los monjes de Silos. Ni si quiera se molestó en mirar por el espejo retrovisor. Si lo hubiera hecho hubiera podido ver la enorme polvareda que se había levantado en el mismo lugar donde tan solo unos instantes antes se encontraba el hermoso y vanguardista puente de cuya construcción y destrucción tan solo él había sido el responsable.

EL SUEÑO

Cuando iba a acostarse y abrió el embozo de la cama lo vio enseguida. Los rastros eran claros, no entendía como al servicio de habitaciones se le podía haber pasado por alto. El caso es que las sábanas olían a limpio. Seguro que la lavandería subcontratada por el hotel no utilizaba temperaturas demasiado altas o no ponía la suficiente legía. A punto estuvo de llamar a recepción para pedir que mandaran a alguien con un juego limpio de ropa de cama, pero entre que llamaba, subían, y le volvían a hacer la cama le iban a dar las tantas, y estaba realmente agotado, así que, aunque era muy escrupuloso y no le hacía la menor gracia, se resignó a dormir entre los restos de un sueño usado de otra persona. A ver si tenía suerte y por lo menos se trataba de algo interesante y no de una pesadilla que le impidiera dormir a pierna suelta.

En cuanto se acostó no tardo nada en quedarse profundamente dormido y entrar en fase REM. Y en seguida empezó…en color y con la soñadora como si fuera la cámara desde la que se ve lo soñado. La soñadora porque se trataba de una joven con acento de Sichuan pasando una tarde con un hombre muy bien vestido, alto, apuesto, y que se desenvolvía por la ciudad con absoluta naturalidad. Estaban en el Bund contemplando las vistas de los modernos rascacielos de Pudong iluminados por la noche, y allí él le deba explicaciones sobre cada uno de los edificios que se observaban apoyados en la barandilla del paseo. A ella le llamó la atención la cantidad de parejas de jóvenes que se fotografiaban vestidos de novios preparando con antelación su álbum de bodas y no pudo por menos que comentarlo. Tras un breve paseo él la llevo a un restaurante occidental en el que ella, al no hablar inglés, dejó que él ordenara la comida. En la carta de vinos el precio de la botella más barata era desorbitado, por lo que ella pensó que realmente debía interesar al chico para que se gastara ese dineral y le prestara tantas atenciones. Una vez terminada la cena se fueron paseando hasta el mismo hotel donde ahora el soñador sobrevenido dormía plácidamente. Y así, abruptamente, sin un final definido, con un simple fundido en negro, acababa el sueño. El caso es que debía haber sido soñado hace relativamente poco, ya que las imágenes eran claras y los colores vivos.

Pero fuera cual fuese el contenido del sueño, soñarlo fue algo totalmente indiferente, ya que en cuanto se despertó fue incapaz de recordar nada, no ya el sueño en sí, si no ni tan siquiera de si había soñado. Imaginó que lo había hecho ya que los restos entre las sábanas se veían más desgastados de lo que les recordaba en la

noche anterior y apenas se distinguían.

Se ducho y bajo al comedor a desayunar sin prisas. La traductora y el coche alquilado llegarían pronto para llevarle al Parque Tecnológico de Caohejing donde estaba citado para la primera reunión del día. Se dirigió a la zona de desayuno occidental. Pese a lo mucho que le gustaba la comida china con sus diferentes escuelas de cocina, a primera hora del día era incapaz de disfrutar de los sabores orientales. Pidió una café con leche a la camarera y se dirigió a hacerse unas tostadas para tomarlas con mantequilla y mermelada de naranja amarga. Mientras esperaba que el tostador escupiera sus rebanadas de pan ya hechas, a lo lejos divisó una pareja mixta de jóvenes novios. Le llamaron la atención porque lo típico era encontrase a ejecutivos occidentales acompañados de una belleza asiática. Esta vez, sin embargo, el pelo dorado como el trigo de ella no dejaba lugar a ninguna duda de que ella era extranjera.

Enseguida dejo de prestarles atención porque sus tostadas salieron disparadas como si fueran proyectiles lanzados por esas catapultas que los chinos en la antigüedad fueron los primeros en inventar. Tras colocarlas en su plato y mientras se dirigía a su mesa, sin saber muy bien el cómo ni el por qué, noto como le iba invadiendo una oleada insoportable de celos.

ROLLING

Á Miguel

- Mira, ya está ahí otra vez, se debe pensar que somos gilipollas.
- ¿Y a ti qué más te da? No hace daño a nadie.
- ¿No hace daño a nadie? Eso no lo sabemos. Si hay que quedarse en casa hay que quedarse en casa. Saliendo lo único que hace es ponernos en riesgo a todos. Los expertos dicen que el riesgo de contagio se incrementa cada vez que salimos, y eso nos afecta a todos.
- ¿Y tú qué? Que tienes a Ryku deslomaito perdido. Que ni se cuántas veces les sacas a pasear a lo largo del día. Y mira que te quejaste cuando te propuse la idea de adoptarle.
- Eso es distinto, a los perros hay que sacarles a pasear. Y no se sabe cómo les puede afectar a ellos el confinamiento. Aunque el virus no les ataque no están acostumbrados a compartir con sus dueños el espacio las veinticuatro horas del día. Para ellos lo normal es que nos vayamos cada uno a nuestro curre y quedarse de dueños y señores de la casa. Ellos también se merecen que les cuidemos y les mimemos un poco más de lo normal.
- Y él lo único que hace es salir a comprar alimentos que es algo también permitido y necesario.
- Si, ¿pero cuantas veces al día hace falta que salga a la compra? Que parece que compra el pan por rebanadas. Que para eso no necesita sacar el carrito de la compra. Que se nota que lo saca tan solo para tener cuartada.

Mientras dejaba a su esposo espiando al vecino y refunfuñando ella se fue a la cocina a preparar la purrusalda. Aunque sabía que su marido no era más que un cascarrabias que no lo decía con mala intención, la verdad es que estaba preocupada por el Señor Germán. Llevaban toda la vida viviendo enfrente y aunque el trato nunca había sido fluido sí que había sido siempre muy cordial y lo cierto es que le tenía cariño. Esperaba que estuviese llevando bien tantas semanas de confinamiento, pero a su edad no tiene nada raro que las neuronas empiecen a patinar, sobre todo con tanta soledad.

Por la tarde aprovechando uno de los infinitos paseos que su cónyuge daba al perro se ajustó la mascarilla, se puso los guantes morados, cruzó el descansillo y llamó al timbre de la puerta de enfrente. El zumbido retumbó en el silencio del edificio pero, aparte de eso, no percibió ningún movimiento. Volvió a pulsar, esta vez con más insistencia, no quería que su marido la pillara hablando con el vecino.

Más que nada para no tener que darle explicaciones. Y entonces sí que oyó la voz del viejo mascullando “Ya va, ya va” y el arrastrar de las pantuflas de fieltro por el parqué. En cuanto se abrió la puerta procedió a explicarse, no quería que el señor Germán se molestase.

- Buenas tardes, disculpe que le interrumpa. Tan sólo quería saber si está todo bien, si necesita usted algo.
- Buenas tardes vecina. No se preocupe, todo va bien. Tengo de todo lo que pudiera necesitar.
- ¿Seguro? Miré que no es ninguna molestia. Además, para eso estamos los vecinos.
- Sí, sí. No se preocupe. Todo controlado. Si necesitase algo en dos patadas me planto con mi carrito en el súper de la esquina. Además, el Presidente del Gobierno ha dicho hoy en su intervención diaria que ya queda poco para que nos acerquemos al pico.
- Bueno, bueno. No le interrumpo más. Para cualquier cosa ya sabe dónde estamos.
- Muy amable. No se preocupe usted y cuídese. ¡Con Dios!

El caso es que esta pequeña charla no la tranquilizó lo más mínimo. Todo lo contrario, se fue con la impresión de que algo le pasaba al viejo y desde ese momento fue ella la que empezó a prestar atención a las veces que salía de casa y, cuando notaba que la puerta de la vivienda de enfrente se cerraba, se acercaba a las ventanas a atisbar a través de los visillos s ver que hacía.

Y sí, la verdad es que la cosa tenía su miga. Se dedicaba a andar de un lado para otro tirando del carrito pero sin ir a ningún sitio en particular. El carrito de la compra era el que el viejo tenía de toda la vida. De un color naranja feísimo y un estampado con cuadros rojos y morados. Con un asa gris y cuatro ruedas, dos grandes y dos pequeñitas que permitían que no perdiera el equilibrio por mucho que se cargara. Pero el caso es que aparentemente el carrito iba siempre vacío. El viejo iba tirando del asa con un paso errático, bastante despacio y parándose infinidad de veces. Cuando pasaban cerca de un árbol daba la impresión de que inclinaba el carro levantándole ligeramente de uno de los lados. Y de vez en cuando se paraba como a esperar, luego volvía sobre sí mismo como un paso o paso y medio y parecía que recogía algo de la acera. No se veía que cogiese nada, pero fuera lo que fuese luego hacía como que lo depositaba en la papelera de la esquina.

Iba a tener razón su marido. Era como si el vecino se dedicara a pasear en vez de ir a la compra. Normal. Con un confinamiento tan

largo. El caso es que mientras el Señor Germán se daba su enésimo paseo del día tirando de su carrito, en su tendedero había dos recipientes de acero inoxidable, uno lleno de agua y otro de pienso, y una cesta de mimbre con una manta vieja y una placa de latón donde podía leerse “Rolling”.

HURÍES DEL PARAÍSO

La furgoneta iba prácticamente vacía. Tan sólo iba acompañado por una mujer joven y un muchacho. Se conoce que a primera hora de la mañana el tránsito entre el terminal de partida y el de destino tenía poca demanda. La joven tenía el cuerpo lleno de magulladuras y heridas, la ropa desgarrada por innumerables sitios, y toda ella cubierta de polvo. El chaval un agujero de bala en pleno pecho. Según se acercaban pudo ver un edifico moderno hecho de cristales de espejo de azul celeste que era difícil distinguir del cielo. Al entrar se encontraron en un vestíbulo enorme lleno de mostradores con postes y cintas extensibles, como esos que hay en los bancos para hacer cola. Pero al ser tan pocos se saltaron esa parte y les llevaron directamente delante de una gran puerta de madera. Le recordó a la que había en la entrada del burdel de las afueras de su pueblo, junto a la gasolinera, al lado de la autopista.

Posiblemente por su edad le indicaron que se pusiese el primero, pero a cortesía no le ganaba nadie, así que permitió que fuera la mujer la primera que pasara. Mientras esperaban se puso a charlar con el adolescente. Cuando contó al chaval lo que había hecho pudo ver la mirada de admiración del muchacho. Pero él no sentía que hubiera hecho nada de mérito. Valor el del muchacho. Enfrentarse a pedrada limpia contra todo un ejército armado, eso sí que era de valientes. Él se había limitado a apretar un botón que activaba un detonador.
Estaba tan nervioso que las manos le sudaban a mares y pensaba que eso impediría que el mecanismo funcionara correctamente y no se produjera la explosión. Pero esos nervios no eran nada comparado con lo que sentía en esos momentos en esa sala de espera. Ahora era todo el cuerpo lo que le sudaba. Según le habían explicado, por morir como un guerrero en defensa de su religión le correspondían setenta y dos huríes. ¿Y qué iba a hacer él con todas esas vírgenes? Ni con setenta y dos ni con una. ¿Podría renunciar a ellas? Tal vez se lo tomaran a mal.

Estaba ensimismado en esos pensamientos cuando oyó que pronunciaban su nombre, “Jesús Nazario”. Levanto la vista y vio la puerta entreabierta. Se acercó con paso vacilante, mitad por miedo y mitad por respeto y, cuando llegó a la altura de la enorme jamba de madera no supo bien que hacer. No tiene mucho sentido llamar ante un umbral que ya está abierto. Así que decidió asomarse despacio. Se encontró con un anciano con el pelo y la barba blancos y con una considerable tonsura en la coronilla. Vestía una túnica colorada y una capa azul. A la altura de la cintura llevaba una cuerda anudada, que

por un lado servía para ceñir las ropas a su cuerpo y por otro para sujetar un manojo de llaves. Se quedó tan perplejo que no supo cómo reaccionar.

- Pasa, pasa, no seas tímido.
- Pero…
- Ya, ya. Ya sé lo que piensas, pero tranquilo, no te has equivocado.
- Pero yo me convertí hace unos años. Sí precisamente estoy aquí por…
- Calla, calla, ¿no ves que aquí lo sabemos todo? No te preocupes que estás donde te corresponde. Entiendo perfectamente tu desconcierto. Lo que ocurre es que cuando aquí me hicieron una oferta de trabajo, como en el otro lado hacía más de seiscientos años que no me subían el sueldo y no estaba dispuesto a pasarme así la eternidad, decidí aceptar.
- Pues mire, casi que me alegro. Porque con usted me siento más en confianza. Viéndole pasar por las calles de mi pueblo todos los martes santos, es como si le conociera de toda la vida.
- Dime, ¿qué te preocupa? Tú te has ganado cualquier deseo que pidas.
- Eso de la huríes…
- Las huríes, las huríes…Anda que como venís todos con las huríes. Confía en mí. Todo va a ir bien. Pasa por esa puerta de la izquierda y te garantizo que vas a alcanzar la gloria bendita.

* * * * *

A media mañana la furgoneta iba abarrotada como una patera en una noche de luna llena con mar tranquila. Además de Mohamed iban un montón de subsaharianos y otro buen puñado de magrebíes, todos ellos amoratados, con las ropas empapadas y un olor nauseabundo a agua podrida. La intensidad del pestazo era tal que el tufo a pólvora que él desprendía pasaba desapercibido. Ir apretujado por esa gentuza le irritaba muchísimo, al fin y al cabo él no dejaba de ser un héroe. Si en un principio no hubiera quedado malherido habría hecho la ascensión en compañía de Jesús y no de esa pandilla de desgraciados. Por lo que pudo entender a los dos policías que le custodiaron durante el traslado en la ambulancia, Nazario, como un buen mártir, había fallecido en el acto. También le pareció escuchar que los daños que habían causado, tanto humanos como materiales, habían sido devastadores. Afortunadamente falleció nada más llegar al hospital, así que esos perros no tuvieron la ocasión de interrogarle,

con lo que partió con la conciencia tranquila de no haber delatado a ningún hermano.

Mientras duraba el trayecto hasta el terminal de llegadas, y para abstraerse de la compañía y de la peste que le rodeaba, se puso a pensar en las huríes que le esperaban. Setenta y dos. Y toditas para él solo. Según la frecuencia masturbatoria que llevaba últimamente calculaba que le durarían unos veinte días. No era mucho pero, en cualquier caso eran setenta y dos mujeres más que con las que había estado en toda su vida. Además, no tenía muy claro lo del número y de si se renovaban automáticamente según fuera haciendo uso de ellas. Al fin y al cabo y por definición una hurí debía de ser virgen luego, si a él le correspondían setenta y dos, ni una más y ni una menos, según las fuera desflorando o bien se les reconstruía el himen de forma milagrosa o bien le tendrían que ir reponiendo las usadas. Ojale que fuera esto último.

Ten ensimismado estaba en sus divagaciones erótico místicas que no se dio cuenta de que se acercaban al edifico de destino. Claro que este, por color y construcción, se camuflaba perfectamente con el azul del cielo en un día despejado como el actual. Les pasaron a un vestíbulo enorme que, a pesar de lo inmenso que era estaba a rebosar de gente que hacía cola delante de unos mostradores separados por unas cintas extensibles, cómo las de los puestos de inmigración de los aeropuertos. A pesar de ser un glorioso soldado que venía de hacer un valeroso acto en la cruzada, tuvo que esperar su turno, como todo dios. Finalmente, y después de no se sabe cuántos exasperantes minutos, se encontró el primero delante de unas inmensas puertas de madera, de una belleza celestial tal que no podía ser imaginada o imitada por el ser humano.

Finalmente unos altavoces anunciaron su nombre y la puerta se entreabrió automáticamente para permitirle el paso. Pasó con paso decidido para encontrarse en lo que en un principio le pareció una sala vacía pero, inmediatamente, del sur de la misma surgió un guerrero. Tenía rasgos asiáticos, aunque la tez era oscura. Llevaba cejas y barba muy pobladas por un pelo hirsuto. Sobre una túnica azul portaba una coraza medieval adornada con dragones flamígeros. Su mano derecha agarraba una espada inmensa y afilada y la expresión de su cara era realmente aterradora.

- Pasa Mohamed, te estábamos esperando.
- Pero usted, ¿quién es? No tiene pinta de…
- Ya, ya. Ya sé que no tengo pinta de…, pero tranquilo, no te has

equivocado.

- Ya, pero si usted tiene ese aspecto tan distinto, eso de la huríes…
- Las huríes, las huríes…Anda que como venís todos con las huríes. Confía en mí. Todo va a ir bien. Pasa por esa puerta de la izquierda y te garantizo que vas a alcanzar la gloria bendita.

De un empujón abrió el umbral y entró en una sala amplia llena de gente. Noto como a sus espaldas la puerta se cerraba con un click casi inaudible apagado por el jaleo presente. Con ojos ávidos recorrió la habitación para distinguir que estaba pasando y sobretodo, donde le esperaban las vírgenes que le correspondían. Pero tras la primera mirada se quedó confuso. Todo lo que podía ver eran hombres en un estado más a menos avanzado de desnudez jugando unos con otros. Inmediatamente retrocedió sobre sus pasos para advertir al guerrero de que allí se había producido un craso error pero cuando llego a la puerta comprobó que esta no se podía abrir desde dentro por mucho que empujara el picaporte. Golpeó y golpeó la gruesa madera con todas sus fuerzas, pero nadie atendió a su llamada. Cuando por fin se auto convenció de que no tenía escapatoria, giro sobre sí mismo para enfrentarse a su destino. Enseguida percibió que el panorama no había cambiado lo más mínimo. Sin rastro de huríes y una habitación llena de machos en posturas más que obscenas. Escudriñó la sala para ver si podía encontrar alguna escapatoria. Aunque no fuera una puerta, por lo menos algún ventanuco o trampilla. Nada de nada. Pero al fondo a la izquierda se topó con los ojos de Jesús Nazario que le observaban con una sonrisa brillante como la lascivia.

EL ANIVERSARIO

Sobre una idea recogida por Rodrigo Fresán en “La Parte Soñada”.

Lo peor de todo es que la idea había sido suya, así que no se podía quejar. Fue ella la que se lo propuso y la que insistió.

- Curro, este año por nuestro aniversario, ¿por qué no hacemos algo especial?
- No me jodas Charo, que ese día jugamos contra los merengones y este año les vamos a meter la del pulpo. Además, no son las bodas de plata ni nada, no es más que una año más.
- Fútbol, fútbol, siempre con el dichoso fútbol. Venga hombre, que nunca me sacas, que para una cosa que te pido.

Y un par de días más tarde volvió a la carga. Que sí la Encarni me ha hablado de un restaurante japonés nuevo que han abierto en el centro comercial que está de lujo. Que justo esa noche en el irlandés de la rotonda actúa un mago que hace unos trucos cómo los de la tele. Que si nunca te pido nada. Total que por no oírla más acabo cediendo.

En el japonés las cosas empezaron mal cuando él se empeñó en pedir jamón. Luego empeoraron cuando les trajeron esos palos con los que se suponía que tenían que comer, menos mal que al ver la perplejidad en sus caras la camarera enseguida les trajo unos cubiertos de los de siempre. Y el remate fue cuando les trajeron el pescado crudo ese encima de bolitas de arroz blanco.

- ¿Tú no querías jamón? Pues esto viene a ser lo mismo. Esto es como el jamón para los japoneses. Verás que rico.

Cuando trajeron la cerveza hubo una ligera mejoría. Una jarra enorme llena de una cerveza tan cremosa que parecía de dulce. Ahí la cara de Curro no pudo reprimir una sonrisa.

En el irlandés las cosas siguieron un camino parecido. Les dio por pedir la carta de gin tonics y no había forma de aclararse. Que si tónicas rosas, que si ginebra envejecida en no sé qué madera, que si pepino de acompañamiento. Para no demostrar lo ignorantes que eran pidieron a voleo. 12 euracos por consumición. La suscripción mensual a la tele por cable sin límite en retransmisiones deportivas. Claro que después de un par de copazos al Curro los morros se le conviertieron en zalamerías.

Y fue entonces cuando empezó el mago. La verdad es que el tipo era flipante. Adivino la carta en la que había pensado un calvo sentado en primera fila y eso sin que nadie tocara la baraja, y a una señora que

estaba al fondo del todo le convirtió el foulard que llevaba, en una serpiente. De plástico, pero serpiente.

Curro estaba disfrutando de lo lindo, de tal forma que en algún momento ella se llegó a hacer ilusiones de que cuando llegaran a casa a lo mejor había suerte, que al fin y al cabo estaban de aniversario. La sorpresa fue que cuando el Mago Rataplán pidió un voluntario él se levantó disparado como un cohete sin que ella pudiera hacer nada. Cuando llegó al escenario el mago anunció que ese era el momento estelar de su actuación, ¡la prueba de la hipnosis! Rataplán saco de su chaleco un reloj dorado de bolsillo y le pidió a Curro que se fijara atentamente en la hora mientras lo balanceaba enfrente de sus ojos y contaba desde el diez al cero. Cuando terminó informó a la audiencia de que el proceso de hipnotización había terminado y que desde ese instante ese señor estaba a su entera disposición, pudiendo convertirle en aquello en lo que se le antojara, y que solamente él, el magnífico Mago Rataplán podría sacarle de ese estado.

- En un burro, conviértele en un burro – se escuchó desde el fondo de la sala.

Y enseguida Rataplán le puso a rebuznar como si le fuera la vida en ello.

- Así no, que se ponga a cuatro patas y que trote – insistió el graciosillo.

E inmediatamente el mago dio las instrucciones oportunas para que Curro se pusiera recorrer el escenario sobre sus manos y sus pies como si fuese la forma en la que su hubiese desplazado toda su vida.

- Ahora conviértele en un caniche, que hecho mucho de menos a mi Perla – pidió la señora de la serpiente foulard.

Los ladridos que soltaba eran tan agudos y reales que hicieron que toda la sala se tronchara de risa.

El ilusionista empezó a pasearse por el frontal de la sala con una enorme sonrisa de satisfacción. Pero de repente, su sonrisa se transformó en una mueca grotesca, se llevó la mano al pecho, y cayó al suelo convertido en un guiñapo.

La ambulancia no tardó apenas nada, pero nada pudieron hacer. Cuando llegaron el pobre hombre ya había fallecido. Infarto fulminante. El corazón le reventó como cuando se pincha un globo excesivamente hinchado.

Y ahora ahí está Curro, delante del sofá jadeando y mirándola con ojos lastimeros, con la manita izquierda arañando el suelo y sujetando la

correa con la boca. Bueno, no hay mal que por bien no valga. Por lo menos en esa casa ya no se ven deportes y ahora los dos pasean mucho juntos.